

A woman with long blonde hair, wearing a white lace dress and a red hat, is shown in profile, looking out over a vast ocean at sunset. The sky is a warm, golden color, and the water is a deep blue. In the foreground, there are some pink flowers. The overall mood is romantic and nostalgic.

Laura R.

*Todos
los días
de mi vida*

TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA

Laura R.

Título: Todos los días de mi vida.

Laura R.

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Marzo, 2018

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Por fin llegó el día, no me lo podía creer, ese que tanto había ansiado, me iba a la península después de toda mi vida viviendo en Menorca, sin salir de esta isla, me encantaba, pero estaba loca por pisar tierra firme, largarme al sur de España a perderme todo un verano entre sus playas.

Mi madre me traía de los nervios, tenía 25 años, pero me trataba como si tuviese 15, aún pensaba que era virgen y no me había besado con ningún chico, ¡pobre ilusa!

Trabajaba en la empresa de mi padre desde que tenía 18 años, dejé mis estudios después de finalizar el bachillerato, no tenía ganas ni interés en seguir estudiando, así que me fui a trabajar a la empresa familiar, nos dedicábamos a temas de asesoría, la verdad es que siempre funcionó muy bien, mi padre era un reconocido asesor laboral. Me prometió regalarme un mes más de vacaciones este verano para poder cumplir mi sueño de irme a la península, así que julio y agosto los pasaría en las playas de Cádiz.

A mi madre le había costado mucho asimilarlo, se pensaba que me sucedería cualquier tragedia, pero ya mi padre se encargó poco a poco de ir tranquilizándola, aunque realmente sabía que no lo estaba del todo, sólo intentaba fingir.

Me desperté temprano, el vuelo salía a las diez de la mañana, así que me despedí de todos y mi hermana Daniela me llevó al aeropuerto.

El vuelo se pasó rápido, un señor de ochenta años, muy elegante y culto, se lo pasó contándome todos sus viajes a lo largo del mundo, yo lo escuché embelesada, sonriente, me parecía de lo más interesante.

Cuando llegué al aeropuerto de Jerez, me dirigí para el mostrador de la empresa de coches de alquiler donde había reservado por internet uno para los dos meses de estancia.

Un Fiat 500 en blanco me esperaba, así que firmé el contrato y cogí las llaves, me dirigí hacia mi destino, un apartamento que había alquilado en primera línea de la playa de La Barrosa, en Chiclana de la Frontera.

En media hora larga ya estaba mi GPS anunciando que ya estaba en mi destino, así que aparqué, bajé las dos maletas y entré a ese precioso apartamento en una segunda planta frente al mar.

Me sentía libre, diferente, dejé las maletas en el salón que era americano con la cocina y me fui directa a la terraza a fumar un cigarrillo, mirando al mar, sonriendo, ahí estaba yo, por primera vez sola, en mi aventura más preciada.

Eran pasadas las dos de la tarde, así que bajé a un chiringuito que había en la playa y me pedí un surtido de pescado frito, con una cerveza bien fría. Estaba en la gloria, estaba en Cádiz, estaba en esa playa que tanto había soñado y frente al mar, eso que tanto me gustaba, como mi Menorca, toda mar.

Me hacía gracia cómo reñían las madres a los niños, chillaban mucho y usaban esa zeta con un arte que no se podía aguantar, estaba embobada, escuchaba todo lo que a mi alrededor pasaba.

Cuando terminé de comer, me tumbé en las hamacas del chiringuito, un rato después me di un baño y justo al volver... ¡Premio! ¿¿¿Quién era ese bombón que estaba tirado justo en la hamaca de al lado de la mía??? ¿¿¿Estaba solo??? ¡¡¡No podía ser!!! En la tumbona no había ni rastro de cosas de mujer

y al otro lado estaban las mías...

Me di cuenta de que cuanto más me acercaba, más me sonrojaba, casi me iba a poner a temblar. Él estaba con unas gafas de sol tipo aviador, me acerqué y cuando me iba a tirar, me habló.

— Buenas tardes – dijo sonriendo.

— Buenas tardes – le devolví la sonrisa y me tumbé boca arriba.

— ¿Estaba ocupada? – preguntó señalando su tumbona.

— ¡No! – sonreí.

— Perfecto – dijo con una media sonrisa, se puso a mirar al mar.

Madre del amor hermoso, guapísimo, de esos que te dejan sin aliento, el pelo corto, pero perfectamente peinado, ese para gomina no ganaba, de color castaño, una cara espectacular y esas gafas le quedaban de miedo, un cuerpo más currado que un cuadro en El Prado y yo soltera, en Cádiz, de vacaciones. ¡No lo podía dejar escapar! Evité reírme por mis pensamientos.

— Hay poca gente para ser uno de Julio – dije espontáneamente para romper el hielo, conociéndome le sacaría toda su vida en un periquete.

— Sí, realmente esto se empieza a llenar a mitad de mes. No eres de aquí, ¿verdad?

— ¡No! Soy de Menorca, llegué hoy, alquilé ahí un apartamento para pasar el verano.

— ¿Con tus padres?

— ¡Sola! Me he venido a vivir esta experiencia sola, lo deseaba, además nunca había salido de mi isla – dije riendo—, me quedaré los dos próximos

meses aquí – me encogí de hombros.

– ¿En serio?

– ¡Claro! ¿Por qué te extraña?

–No sé – sonrió con ese tono de cara serio pero noble, donde transmitía un buen rollo impresionante y a la vez le sorprendía que una chica joven se fuera dos meses sola.

– ¿No sabes? – solté una carcajada – Tú si eres de aquí. ¿Verdad?

–Sí – dijo sonriendo mientras afirmaba con su cabeza. – ¿Y ya tienes pensado que hacer en todo este tiempo?

–Improvisar, no mirar el reloj, disfrutar de levantarme sin prisas, decidir al momento que me apetece hacer, explorar estas tierras gaditanas, disfrutar de sus playas, de sus pueblos, de todo lo que me dé tiempo y me apetezca – hice una mueca de felicidad y levanté mis dedos en plan victoria.

– ¡Qué bien! Eso suena muy bien, además estás instalada en esta preciosa playa, así que dudo de que te dé tiempo a aburrirte.

– ¿Yo aburrirme? ¡No me conoces! Antes de aburrirme cuelgo en el Facebook una de las reflexiones irónicas mías y tengo horas de entretenimiento de ver la de gente que se da por aludida – solté una carcajada, él también se ríó mientras negaba con la cabeza.

–Vamos, que hay que temerte...

–Tú no, el tiempo de que me pidas solicitud de amistad y te conviertas en mis contactos, entonces puede... – me encogí de hombros.

En ese momento pasaba el camarero y él lo frenó...

–Guille, – levantó su mano llamándolo – tráeme una cerveza y a ella... – me

señaló con la mano para que yo pidiese.

—Otra... — ¡Me estaba invitando! Este me estaba poniendo la tarde muy a huevo, no sabía con quién había ido a dar.

—Por cierto... ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Maca. ¿Y tú?

—Yo me llamo Miguel, pero todos me dicen Miguel, tú puedes llamarme como quieras – dijo acercándose a darme dos besos. Era para vernos a los dos en las hamacas sin casi levantarnos y presentándonos.

—Pues tú me vas a perdonar, pero tú no tienes cara de llamarte Miguel – dije incorporándome para sentarme de piernas cruzadas a la vez que él también lo hacía.

— ¿Entonces de cuál tengo cara? – no perdía su preciosa sonrisa.

—Tú tienes cara de no haber roto un plato, pero fijo que has roto la vajilla entera – solté una carcajada – Pero de Miguel no tienes cara, más de nombre americano.

— ¿¿¿Tengo pinta de americano???

— ¡No! Pero tampoco de gaditano y mucho menos aún de beber alcohol.

En ese momento nos pusieron en medio, sobre una pequeña mesita, las dos cervezas.

—Pues a mí me encanta esta playa – dijo cambiando el tema – Yo todas las mañanas vengo a correr y a entrenar.

— ¿¿¿Entrenas en la playa???

—En verano me gusta hacerlo, pero es evidente que el entrenamiento fuerte lo hago en mi gimnasio.

— ¿Tienes un gimnasio?

—No, mujer, me refería al que voy... — seguía sin dejar de sonreír, eso era buena señal, algo de gracia le hacía.

—Y ya puestos... ¿Trabajas?

— ¡Claro!

— ¿¿¿Dónde??? —Ya me estaba poniendo de los nervios, este me iba a contar su vida ¡a la de ya!

—Entrenador e instructor de las fuerzas de seguridad del estado.

— ¿Trabajas para el estado?

—No, ellos me contratan a mí para preparar a los chicos para misiones, situaciones, cada grupo es diferente, yo los tengo 3 meses, descanso uno, me viene otro grupo otros tres meses, luego vuelvo a descansar uno, así siempre...

— ¿Y ahora que estás currando o descansando?

—Hoy precisamente me entró un nuevo grupo, así que hasta el 1 de octubre no cojo mis vacaciones, este año me ha cuadrado así.

— ¡Mala suerte la mía!

— ¿Cómo?

—Nada, nada — solté una risa por lo descarada que yo era. — ¿Así que eres instructor y encima te entrenas en la playa? ¡Que guay!

—Cuando quieras y te apetezca, te bajas un día a las ocho y entrenamos

juntos— sonrió.

— ¿¿¿Yo??? ¿¿¿Deporte??? ¡¡¡Soy lo más flojo del mundo!!! Sólo de pensarlo, ya estoy cansada.

—Conozco muchas personas que son peores que tú y han terminado enganchándose a este estilo de vida.

— ¿Estilo? Eso no es estilo, estilo es tirarse en una hamaca y que te lo pongan todo por delante – dije riendo. – Lo raro es que bebas alcohol...

—Apenas bebo, en verano, en alguna ocasión especial, pero poco más de una o dos cervezas.

—Ya decía yo... – dije mientras me encendía un cigarrillo a sabiendas que fijo, eso, no le haría gracia.

—No deberías de fumar.

—Ni tú de matarte por tu cuerpo – le saqué la lengua.

Me hacía gracia verlo sonreír con mis cosas, negando con la cabeza en todo momento, hacía mucho tiempo que un chico no hacía que estuviera con la sonrisa floja todo el tiempo, pero algo me decía que a él le pasaba igual.

—Bueno, Maca. ¿Entonces vas a bajar mañana a las ocho a entrenar? – dijo frunciendo el entrecejo.

—Yo, como mucho, puedo bajar a aplaudirte y animarte mientras me tomo un chocolate o café con churros.

—Bueno, hacemos un pacto, tú baja aquí a las 8 a desayunar conmigo y luego entrenamos un poco.

—Quita, quita, después de desayunar, para que se me suba y baje el café, ¡ni

de coña!

— ¡Vaya! Me lo vas a poner difícil...

—Más que eso, complicadísimo, nada fácil, pero vamos que, si me despierto, yo bajo, desayuno y luego te doy ánimos... — solté una carcajada.

—Estaré por aquí hasta las 9 y media, a las diez entro con el grupo de entrenamiento hasta las 3 de la tarde que termino hasta el día siguiente.

—Vale, mientras me voy a dar un baño ¿Te vienes? — dije invitándolo a refrescarnos.

—Claro — señaló con su mano para que fuéramos.

El tipo era para mojar pan, vaya definición de cuerpo, yo me puse mi larga trenza morena hacia delante y ahí iba, como si lo conociera de toda la vida.

Después de charlar un poco más con él en el agua, volvimos a la hamaca, volvió a pedir dos cervezas, ya me veía yo a Miguel animándose y todo. Se le veía muy simpático, muy correcto, educado. ¡Lo tenía todo!

Pasamos toda la tarde charlando allí tumbados mientras tomábamos cervezas y algún que otro baño.

Cuando caía el sol, ahí seguimos, así que decidimos sentarnos a cenar algo en una terraza del paseo de la playa.

Me contó que vivía solo, me habló de sus padres y de su hermano Chus, yo le hablé de mi hermana Daniela, fue una estupenda velada. A las once de la noche me acompañó a la puerta de mi apartamento y me dijo que esperaba verme al día siguiente después de comer, en la hamaca, pues sabía que no iba a despertarme temprano para desayunar con él, cosa que era obvio.

Me dormí feliz, algo en mi estómago se estaba despertando, estaba deseando

volverlo a ver.

Capítulo 2

Me desperté acordándome de mi adonis chiclanero, miré la hora con la ilusión de que fuera temprano y podía asomarme a mi terraza para ver al menos si pasaba por allí, pero ni de coña, eran ya las once de la mañana, bueno de todas formas lo vería esta tarde.

Me puse un short y una camiseta cómoda y me fui a desayunar, tomé un café y una tostada en el chiringuito oliendo a mar. ¡Esto es vida!

Mi madre me estaba llamando, se acabó la paz...que, si dónde estás, que, si come bien, no salgas de noche, cuidado con los hombres...En fin. Era el precio que tenía que pagar por estas maravillosas vacaciones así que aguanté el tirón y le dije que sí a todo. Mi padre era más comprensivo, me dijo que cualquier cosa que necesitara lo llamara y que intentaría que mamá no

estuviera llamándome a cada instante, cosa que agradecí aún más que lo anterior.

Cuando colgué, mis pensamientos volvieron a Miguel, me acordé de que el día anterior vi unas tiendas por el camino y pensé que no estaría mal comprarme un bikini y un modelito que le quitaran el hipo a aquel chulazo.

—Hola, buenos días— le dije a la dependienta muy animada, ella sonrió al ver mi actitud.

—Hola, ¿puedo ayudarte? —me dijo intuyendo que le iba a pedir algo.

La chica era morena, muy guapa de cara, pero un poco rellenita de cuerpo, aunque tenía una forma muy bonita y sabía arreglarse, llevaba un peinado chulísimo y los labios rojos.

—Quiero un bikini y un conjunto playero que seduzcan al mismísimo papa —le dije poniendo una posturita sexy señalando mi cuerpo.

Ella rio divertida.

— ¡Claro! Eso está hecho, con ese cuerpecito divino lo tengo muy fácil —me dijo mientras me cogía de la mano y me dirigía a la zona de bikinis.

Me pasé como dos horas allí con Sonia, la dependienta, nos reímos muchísimo mientras ella hacía de estilista y yo de modelo probándome todo lo que pillaba, hasta me hizo fotos con muchos modelitos. Al final le dejé una buena propina por haber sido tan amable y salí con un bolsón de cosas, tres bikinis, dos trajes cortos y un mono para la playa, un par de sandalias super chic, un par de conjuntos de ropa interior y una crema corporal que olía de muerte ¡ya estaba lista para atacar!

Llegué al apartamento, me embarré en la crema nueva, me puse el bikini rosa, me quedaba genial, me hacía bastante pecho y las braguitas eran brasileñas,

casi tanga, encima me puse el mono que era blanco con un lazo rosa en la cintura y casi toda la espalda fuera y un par de sandalias blancas, me arreglé mi pelo con un poco de espuma y fui al paseo a comer algo. Al llegar vi una pizzería con muy buena pinta y no me lo pensé dos veces, me senté en la terraza y me pedí una Mac pizza que sonaba de muerte, pizza sabor hamburguesa, mmmm...

Después de comer fui al baño y me retoqué el pelo, pagué y me fui directa a la hamaca, entre el lío de la ropa y la comida, eran ya las cuatro y media de la tarde. Pensé que el maromo ya estaría allí pero no lo veía, ¿me dejaría tirada? ...Bueno, pues él se lo perdía, si no venía, atacaría a otro, que este modelito había que aprovecharlo, iba yo pensando mientras ponía las cosas en una hamaca. Pero cuando miré al mar, allí estaba él caminando hacia mí con su cuerpo completamente mojado, sus músculos resaltaban aún más por el brillo que le daba el agua, se pasó la mano por el pelo para sacudirse el agua, ¡Dios! Casi me caigo de espalda, estaba mortal.

—Hola, preciosa— me saludó mientras yo seguía embobada mirándolo. Se acercó y me dio dos besos, el segundo casi rozando mi boca.

—Hola— dije intentando disimular mi entusiasmo—, ¿llevas mucho tiempo aquí?

—Una horita así, pensé que ya no vendrías. — sus ojos me repasaron de arriba a abajo, se notaba que le gustaba lo que estaba viendo, me lanzó una sonrisa que me hizo sentir una descarga eléctrica, este hombre me ponía a mil.

Aproveché que tenía sus ojos encima de mí para quitarme el mono y que me mirara mientras lo hacía, cuando terminé, lo miré y él quitó la mirada cortado, ¡qué mono! Se había cortado, inmediatamente se puso las gafas de sol, creo que para disimular mientras seguía mirándome.

— ¿Me has echado de menos? —le dije tonteando claramente mientras me iba

poniendo crema en las piernas y luego en el pecho.

—Bueno... — me contestó haciéndose el interesante.

—Oye, ¿te importa ayudarme con esto? — y moví la mano con la crema señalándole a que me refería y me acosté en la tumbona boca abajo.

Él se quitó las gafas y me miró fijamente como diciendo: ¿en serio?

— ¡Vamos! Yo sola no puedo, si quieres luego te pongo yo a ti. Además, si no me la pones será culpa tuya que me queme.

—Vale, vale...

Empezó suavemente a untar mi espalda dando un masaje circular dese la columna hacia fuera, fue bajando hasta la zona lumbar haciendo lo mismo. No hablábamos, él seguía masajeando y yo deseaba que siguiera así ... De repente paró y dijo ¡ya! Se levantó y se fue a su hamaca ¡mierda! pensé me había puesto muy cachonda aquellas manos en mi espalda haciendo círculos y casi tocando mi culo, habían hecho volar mi imaginación. Lo miré y me di cuenta de que él tampoco había quedado indiferente a aquel masaje ¡Se había empalmado! Rápidamente se puso boca abajo en su hamaca, yo me hice la tonta, pero no podía parar de pensar en su miembro había visto un bulto enorme en su bañador, su amiguito no debía ser nada pequeño.

Después de unos segundos atontada por el delicioso masaje que me dio, decidí jugar un poco más con él.

—Bueno, voy a echarte yo a ti. —me levanté y empecé a untarle la crema, para ello me senté a su lado, le puse por toda la espalda, por la parte de detrás de las piernas... — Venga, date la vuelta te voy a poner también por delante—

—Mmm...no, no así está bien cuando me vaya a dar la vuelta me la pongo, creo que me voy a echar una siesta — dijo disimulando.

¡JA! Ese lo que iba a hacer es un agujero en la hamaca...

—Está bien, como quieras— dije yo mientras aguantaba la risa, me tumbaba y cogía mi libro.

Al final se durmió un rato, yo no paraba de mirarlo, no podía concentrarme en mi lectura, me pedí un daiquiri de fresa y seguí mirándolo aprovechando que no me veía.

Pegué un salto cuando una chica asiática vestida de blanco me chilló casi en el oído.

— ¡¿Masaje?!— y se puso casi encima de Miguel preparada ella ya para empezar a tocar aquella espalda musculada.

No sé qué me entró por el cuerpo, pero me levanté de la tumbona y casi me la como.

— ¡QUITA DE AQUÍ, COÑO! ¡TONTA ERES TÚ! — le solté sin ni siquiera pensar en mis palabras.

La chica salió corriendo y Miguel se despertó asustado por mis gritos.

— ¿Qué pasa?

—Esa, que ha intentado llevarse tu cartera. —fue lo primero que me pude inventar con tan poco tiempo.

— ¿En serio? ¡Joder! Menos mal que tú estabas despierta, si no, ni me hubiera enterado, gracias.

¡Pobre iluso!

—Bueno, dormilón, ¿te apetece darte un chapuzón? —cambié de tema para que no notara que le estaba tomando el pelo.

—Vamos...

Cuando casi llegamos a la orilla, viene una chica lanzada hacia Miguel, se tira en sus brazos a abrazarlo. ¡Mierda! Tiene novia pensé y me separé un poco de él.

—Hola, Sofí. ¡Qué de tiempo! — dijo él despegándose un poco incómodo. No era la novia, menos mal. ¿Pero qué coño me pasaba con este tío? Yo sólo quería un rollo con él y me estaba poniendo demasiada celosa— Mira, Sofí, te presento una amiga, Maca.

—Hola— me dijo la zorróna para luego pasar a ignorarme y acaparar toda la atención del entrenador.

—Bueno, siento interrumpiros, chicos, pero tengo que irme. Miguel, adiós, ya nos veremos. —dije y me alejé sin darle lugar a que preguntara más.

—Maca..., adiós— dijo al ver que me iba y no le hacía caso.

No sé por qué, pero estaba muy mosqueada, con aquel tío no se podía hablar cinco minutos sin que aparecieran moscas cojoneras a su alrededor. Me compré un bolsón de chuches y me fui al apartamento. ¡A tomar por culo el entrenador! Ya me había hartado sería mejor que pasara de los tíos, iba a disfrutar de mis vacaciones y nadie me las iba a fastidiar.

Después del atracón de chuches y un par de pelis de risa me fui a dormir...

¡JODER! Había tenido un sueño húmedo con Miguel, me había levantado demasiado cachonda y tenía que apagar este fuego...metí un dedo en mi boca y lo humedecí con mi saliva, pasé mis manos bajo la sábana y las llevé hasta mi zona caliente, comencé a tocarme recordando aquel sueño que parecía real, donde Miguel con sus fuertes músculos estaba encima mío haciéndome suya, empujando fuerte...Ah... introduje mis dedos en mi sexo, dándome donde más me gustaba, logrando estar cada vez más excitada, con mi otra mano rodeaba mi botoncito. ¡AAH! ¡DIOS! ¡Qué gusto!

Bueno, al menos aquel tío me había dado un orgasmo, aunque estoy segura de que hubiese sido mejor en vivo y en directo y no en mi imaginación, pero así era más fácil.

Después de una ducha fría para terminar de apagar el incendio que era mi cuerpo, me puse otro de mis conjuntos playeros nuevos y me dispuse a desayunar en el chiringuito de siempre.

De buenas a primeras, se sienta frente a mí Miguel.

— ¿Qué haces aquí?

—Buenos días, preciosa, yo también me alegro de verte. —y me puso una cara de pillín que me derritió y me robó una sonrisa que no quería darle.

—Hoy me han dado libre, los chicos tenían una charla de no sé qué cosa, así que pensé que podíamos charlar un rato o entrenar...

—Pues lo siento, pero tengo otros planes. —dije removiendo mi café.

— ¿Cuáles?

—Unos.

—Bueno, perdona, veo que te estoy molestando, no sé qué te habrá pasado, pero si te apetece acompañarme luego, estaré en la playa casi todo el día. Hasta luego. —Y el muy descarado me dio un beso en los labios y se fue dejándome con cara de boba.

Después de desayunar me fui de tiendas, entré en la del otro día.

—Hola, guapa, ¿qué tal fue con el casto muchacho? —me dijo Sonia, la dependienta al verme.

— ¡Buah! Ni preguntes, paso de retos por ahora... Creo que esta noche saldré de marcha y ligaré a la forma fácil— reímos las dos.

—Bueno, creo que eso está bien, pero si vas sola va a parecer demasiado desesperada, ¿no crees? Si quieres te puedes venir conmigo y un par de amigas. —me ofreció alegrándome el día.

— ¡Claro! Encantada. Eres mi ángel de la guarda ¿verdad? —volvimos a reír.

— ¡Venga, pues a buscar modelito!

Aquello era justo lo que necesitaba para quitarme al machoman de la cabeza, seguro que había más tíos buenos por allí y si no con unas copas de más bajaría el listón y con tal de que no fuera muy feo, bastaba.

Terminé de comprar, nos intercambiamos los números y me fui al apartamento, decidí no ir a la playa para no encontrarme a Miguel, pasaba de él, me pegaría una buena siesta para poder aguantar toda la noche de marcha.

Cuando Sonia me avisó que estaba abajo, yo ya estaba lista, me había preparado a conciencia, me gusta vestirme y pintarme disfruto sólo con el proceso, me había puesto un traje morado corto con casi toda la espalda fuera, iba atado al cuello y la falda era de vuelo, me quedaba genial, me recogí el pelo en un moño muy elegante a un lado y el flequillo recto, mis labios morados del mismo color del vestido, unos taconazos negros a juego con un bolsito bombonera, unos pendientes de perlas y mucho perfume.

Llegué y las chicas también iban todas muy chulas vestidas, la íbamos a liar...

— ¡Wau! Estás preciosa. —me dijo Sonia dándome la vuelta completa para verme.

—Vosotras también estáis geniales— dije presentándome a sus tres amigas, Rosa, Tami y Laura.

Nos dirigimos a la zona de los pubs que para mi alegría estaba cerca de mi apartamento.

Estuvimos conociéndonos, bebiendo y tapeando algo primero en una terracita de uno de los bares y luego, ya entonadas fuimos a la discoteca más popular según dijo Sonia. La música era buena estuvimos bailando, cuando en una de las veces que Sonia y yo íbamos por una copa, ¡No! Le apreté el brazo y me quedé parada mirando bien lo que mis ojos veían.

—Es él. —le dije, poniéndome bastante tensa.

— ¿Quién? —contestó Sonia mirando despistada— ¿Qué pasa? ¡No me digas! Tu chico casto es Miguel, ¡Claro! Me pega...

— ¡¿Qué?! ¿Lo conoces?

—Sí, era el monitor de mi gimnasio, creo que ahora sólo entrena a militares o algo así. —en efecto se refería al mismo. —Es verdad que ese chico es muy formal, por lo menos yo no me enterado de que se haya liado nunca con ninguna o a lo mejor tiene novia.

—Pues si tiene novia, no le gustará saber que hoy me dio un pico. —dije un poco mosqueada con la idea.

—No jodas, pues tía ya te digo yo que le tienes que gustar para que éste haga eso a los dos días de conocerte. Es super cortado, éste no se lanza, así como así.

¡Joder! Y yo pensando mal de él, pensé que era el típico buenorro tonto y ligón. En lo de buenorro no me equivoqué, estaba allí con sus amigos, riéndose con un vaquero y una camisa blanca con dos botones abiertos dejando ver su pecho perfecto.

— ¡Maca! Vamos, tía, espabila — me decía Sonia mientras me jalaba en dirección hacia donde estaba él.

—No, ¿qué haces, capulla?

—Vamos a saludarlo, yo lo conozco y a sus amigos también.

Me di por vencida aquel tío iba a ser parte de mis vacaciones...Cuando me vio, le cambió la cara, no disimuló nada, me miró con deseo, nos saludamos y me presentó a sus amigos sin despegar sus ojos de mí.

Sonia apartó un poco a Miguel hacia nosotras disimuladamente preguntándole tonterías de dieta, ¡puaf! Valiente rollo. Yo lo observaba, hablaba super correcto se explicaba como si fuera un profesor.

— ¡Ay! No me acordaba, las chicas deben pensar que nos hemos perdido.

—dijo Sonia. —Miguel cuídame a Maca vengo enseguida, gracias. —dijo la muy cabrona y me dejó allí sin que me diera tiempo a agarrarla.

—Encantado. —dijo Miguel mirándome fijamente a los ojos, me puse colorada como un tomate, bajé la cabeza y empecé a pasar el dedo por el filo de mi vaso.

—Oye, me quedé esperándote esta tarde en la playa.

—Eh... sí es que tuve que ir a hacer unas compras y ya se me hizo tarde.

—Estás preciosa.

Se paró el tiempo, me quedé mirando sus ojos, seductores que deseaban comerme tanto como yo a él.

— ¿Bailamos? Me gusta esta canción. — dije para intentar no lanzarme encima suya.

—Mmm... no es que me guste mucho bailar, pero contigo seguro que sí. —
¡Vaya con el cortado! Se estaba soltando.

Le cogí la mano solté el vaso en la barra y lo llevé a la pista, se iba a enterar, comencé a bailar rozándome con su cuerpo, luciendo mis movimientos...Me

estaba poniendo a tono e intuía que por el bulto que notaba en sus pantalones, él también. De pronto me acordé de mi despertar aquella mañana y para calentar aún más el ambiente le dije al oído que había soñado con él, su cara me lo dijo todo, había entendido perfectamente qué clase de sueño fue.

Por otro lado, no pude evitar acordarme de la zorróna de Sonia que no aparecía y yo necesitaba ir al baño urgente así que le pedí a Miguel que me ayudara a encontrar el baño.

—Sí, vamos es por aquí yo también necesito ir. — y me dirigió hacia él.

— ¿Qué te pasa? — preguntó al ver mi cara al salir del baño.

— ¡JODER! Todo me pasa a mí, se me ha caído el puto móvil al váter — dije muy mosqueada. —A ver qué coño hago ahora.

— ¡¿En serio?!—dijo riendo, — ¡¿pero no lo has cogido?!

— ¡No! ¡Qué asco!

—Corre, no seas tonta cógelo y salva al menos la tarjeta, luego te lavas las manos, loca, que vas a perder todos los números.

— ¡Hostias! Es verdad, no me sé un puto número de mi familia —salí corriendo.

Cogí el puto móvil con un mosqueo impresionante, no podía ser más torpe, joder, lo abrí lo limpié y saqué la tarjeta. De todas formas, cogí el móvil y lo guardé también, quién sabía, a lo mejor tenía arreglo, aunque lo dudaba. Salí con cara de poca fiesta.

—Venga, no pasa nada, preciosa, ¿tienes la tarjeta?

Asentí.

—Pues ya está, mañana te dejo un móvil que tengo en casa para que lo puedas

usar mientras te compras otro. ¿Quieres tomar algo? — dijo pasando su brazo por encima de mi hombro.

—No, en realidad creo que me voy a ir ya, se me han quitado las ganas de marcha. Muchas gracias, de verdad.

—Espera, te acompaño, no deberías ir sola por la calle a estas horas.

—Bueno, como quieras...

Salimos del pub y fuimos andando por el paseo, la noche estaba espectacular, una luna preciosa y aquel muchacho que me encantaba y sólo intentaba hacerme reír para que olvidara mi cagada.

Al llegar al portal, me cogió de la mano y me tiró hacia él comiéndome la boca, madre mía eso era besar, yo me derretía... la cosa comenzó a calentarse y el tipo me agarró el culo fuertemente apretándome contra él, estaba muy excitado, nuestras respiraciones se aceleraron, luego subió su mano hasta mi pecho y lo tocó con mucho gusto.

Me moría de ganas de llevarlo a mi cama, pero pensé con la cabeza fría, sería mejor disfrutar de aquella tensión sexual un poco más, me ponía caliente la idea de que él llegara a su casa y se masturbara pensando en mí tal y como yo ya había hecho, así que me separé.

—Me gustaría verte mañana. —le dije.

Él asintió y se aclaró la garganta. —Sí, te traigo el móvil, a partir de las cuatro estaré en la playa.

—Gracias por cuidarme... ¡Hasta mañana! — y salí corriendo para mi apartamento dejándolo allí, mirándome con ojos ardientes...

Capítulo 3

¿Dormir?

Mis ganas... Pobre ilusa. No había casi pegado ojo en toda la noche, pensando y pensando en el maldito entrenador. No en su beso, no... Porque eso no fue un beso, eso fue una declaración clara de sus intenciones de devorarme.

Oh, Dios, ¡quería devorarme!, chillé mentalmente mientras le echaba azúcar a mi café.

No eran ni las 7 de la mañana y ya estaba sentada a la mesa de la cocina, segundo café en mano. Con eso os podéis imaginar cómo había pasado la noche, lo poco que había dormido. Aunque claro, con la que lie unas horas antes... Tampoco ayudaba mucho.

Cuando llegué a casa, aún tenía el corazón acelerado por haber tenido los

labios del adonis comiéndome a besos. Eso sin contar cómo estaba de... Ejem. Así que, entre eso y el episodio del móvil en el váter, no tuve más remedio que darme una ducha. Y buenas horas eran para eso.

Salí empapada, con la toalla anudada al cuerpo, el pelo recogido en un moño y con la sensación de: voy a caer en la cama y a dormir como un lirón.

No, caer, caí. Como que me metí la hostia del siglo por andar mojada en un suelo tan resbaladizo. Así que después de despotricar contra diestro y siniestro, de tocarme el culo y que me doliera horrores, de mirarme en el espejo y ver el inmenso moretón que me había hecho... Madre mía, ahí era donde había empezado a desaparecer el sueño que tenía.

Y pues nada, allí estaba, a las... Miré el reloj. A las 6:55 de la mañana con mi segunda taza de café. Le di un sorbo y escupí todo el líquido. Joder, qué cosa más asquerosa. Miré alrededor y... Mierda, le había echado sal al café. Si es que no se podía ser más idiota.

A la mierda, ya no quería ni café ni nada. Me levanté y fui a lavarme los dientes, el sabor en mi boca era horrible. Y directamente a la cama de nuevo. Total, estaba de vacaciones, no tenía nada más que hacer, así que ni horarios, ni prisas ni absolutamente nada que no fuera hacer lo que me diera la gana en el momento que quisiera.

—Déjame dormir —dije cuándo, rato después, cogí la llamada del móvil y colgué rápidamente. Ni me había dado cuenta de que había resucitado el teléfono, después de la caída al váter. ¿Pero eso era posible? No tenía la cabeza para pensar en esos momentos. Porque si lo hacía...

En fin... A lo importante... Acababa de cerrar los ojos y ya iban a molestarme. Además, ¿quién me molestaría tan temprano? ¿Es que la gente no dormía? ¿No tenía vida?

— ¡¿Qué?! —pregunté de nuevo cuando el móvil volvió a sonar y cogí la llamada con toda la mala hostia del mundo. ¿Por qué demonios tenía que funcionar el jodido móvil?

—Hija mía, qué despertar más malo tienes.

—Ouf, ¿qué quieres a estas horas? —pregunté al escuchar la voz de la cansina de mi hermana Daniela.

— ¿A estas horas? Pues la verdad es que me gustaría una siesta, pero ya ves, la vida de adulto que no me deja... —dijo con voz cansina.

—A estas horas, lo que deberías es de estar durmiendo. ¿Pero qué haces levantada?

— ¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Contando que acabo de cerrar los ojos, sí —me quejé.

—Joder, y ¿qué estuviste haciendo? —seguía sin entender por qué sonaba tan asombrada.

—Salí con unas chicas que conocí —resoplé y me acomodé mejor en la cama, tenía claro que ya no iba a poder dormirme más. Cuando Daniela quería hablar, no había poder divino que la callara.

—Jajaja... Pues así tuvo que ser de épica la fiesta para regresar a estas horas.

—Tampoco es tan increíble....

—Anda que no. ¿Las tres y media de la tarde? Mi Dios, ¿qué hiciste, unir la borrachera al almuerzo?

Yo en ese momento no escuchaba ya absolutamente nada, me había levantado como un resorte. ¿Las tres y media? No, no podía ser.

—Maca...

— ¿Qué hora dijiste? —dije gritando mientras me quitaba el móvil de la oreja e intentaba enfocar la hora en la pantalla.

Sí, eran las 15:32.

—Pues sí que he dormido... —suspiré sentándome en la cama, como si me hubieran desinflado.

—Pues hija, no lo parece. Pero a lo que me interesa. ¿Quiénes son esas amigas?

—Unas chicas que conocí aquí, nada más.

—Chicas... ¿Sólo chicas?

—Sí —fruncí el ceño.

— ¿Ningún chico? —preguntó emocionada.

—No —mentí, pero ya tenía la imagen de mi entrenador en la mente.

—Oh... —sonó desilusionada.

— ¿Y para qué me llamas a estas horas? —intenté cambiar el tema.

—No podía dormir la siesta, como siempre, así que me aburrí y te llamé. Quizás tu vida sea más interesante que la mía. Ya sabes, por eso de que te has ido a la aventura a vivir unas vacaciones de ensueño.

—Como si tu vida no fuera una aventura —reí.

—Mi vida es una mierda, eso es lo que es —resopló.

—No digas eso —dije con tristeza.

Pero sabía a lo que se refería. No exactamente a que su vida fuera así, si no a cómo se sentía ella. Ahogada a veces.

Era cinco años mayor que yo, estaba casada y tenía dos niños. Gemelos... De tres añitos, niño y niña. Cualquiera diría que mi hermana tenía todo para ser feliz: un marido que la quería, los niños, una vida... Pero a ella le faltaba algo. Quizás trabajar y sentirse independiente, ser ama de casa le consumía. Esperaba que diera el paso pronto y empezara a pensar un poco en ella, pero mientras ella no lo hiciera, nadie podría ayudarla.

Eso o quizás las relaciones no eran tan perfectas como aparentaban, pero como mi hermana no contaba demasiado, pues tampoco es algo que yo pudiera saber.

—Daniela, sabes que cuando necesites hablar...

—No, Maca, no. Todo está bien —dijo con voz cantarina esta vez— Es sólo que a veces me ahogo, eso es todo. Trabajar, necesito trabajar y evadirme. Eso es.

Murmuré un mmmm... dándole la razón. Yo pensaba lo mismo, esa era la solución siempre que realmente fuera el problema, que era lo que parecía.

—Pues dile a papá —respondí.

—Lo haré, así me despejo unas horas. Nos vendrá bien a todos en casa. Y los niños pronto en el cole — dijo con ironía, aún faltaban más de dos meses—, así que todo bien.

Estuvimos hablando un rato más hasta que mis sobrinos ya ni nos dejaron con tanto grito. Me levanté de la cama y miré la hora. Sólo en ese momento recordé qué hora era.

¡Miguel ya estaría en la playa!

Salí corriendo a prepararme un café, ya comería algo en algún chiringuito, me

puse mi bikini y mi vestido, cogí la bolsa y salí directa hacia la playa.

Capítulo 4

—Hola, Miguel – dije sonriendo al verlo tirado en la hamaca, medio dormido.

—Hola. ¿Resaca?

— ¡Resacón!

—Es que no puede ser...— negó con la cabeza, sonriendo.

—Tú es que tienes una vida muy triste, sólo vives para tus musculitos— dije sacando la lengua.

—Sólo intento llevar una vida sana, además ayer bebí.

—Sí, claro, una copita y seguro que cuando llegaste a tu casa, hiciste quinientos abdominales y trescientas flexiones – sonreí irónicamente.

—Desde luego, qué mal concepto tienes de mí...

—Tú solito te lo has buscado – hice una mueca.

—Te debería de enseñar a llevar una vida sana – dijo seriamente, pero con ganas de explotar a reír.

— ¿¿¿A mí??? ¡¡¡Tú estás flipado!!!

— ¿Qué te juegas a que te enseñe a cuidarte antes de que te vayas?

— ¡Vas apañado, chaval! – dije estirándome en la hamaca para ponerme

cómoda.

— ¿Has comido? – dijo ignorando mi ataque.

— ¡No! Ahora me pido un paquete de papas.

—No, mejor pido yo por ti – dijo levantándose y marchando a la barra.

Solté una carcajada, en el fondo me gustaba su tranquilidad y yo me lo pasaba pipa en plan respondona. Lo miré, estaba diciéndole al camarero algo de la carta, quería ver con que me sorprendería.

Volvió hacia la hamaca, me sonrió y a mí se me cayó hasta el alma.

—No me habrás pedido para comer espárragos ni esas tonterías, ¿no? Que luego, cuando me vaya, cojo y me como dos fajitas de Nutella.

—Con lo que vas a comer, te sentirás llena.

— Pero ¿¿¿qué me has pedido???

—Aún no te he pedido nada – me guiñó su ojo y miró al mar.

—Hablo de comer, listillo...

—Nadie te ha dicho lo contrario – respondí provocándome.

— ¿Qué me has pedido para almorzar? – cambié la pregunta estratégicamente.

—Ahora lo verás, señora impaciente.

—Desde luego, hijo, qué de misterio – dije levantándome y marchando a darme un baño, quería comer fresquita.

Él no me siguió, cuando volví ya estaba la mesita en medio de las dos tumbonas con la comida.

Miré el contenido del plato y eran verduras salteadas y un chuletón de ternera

a la brasa que se veía espectacular.

— ¡Coño! Al final voy a querer volverme rara como tú en el tema de la comida.

— ¿Ves cómo se puede comer sano y bien? – me guiñó el ojo, sonrió al ver que había acertado.

—Pues creo que esto tiene truco, es una introducción para ir consiguiendo al final que me termine comiendo sólo una ensalada – dije mientras daba un trago de agua.

—No, mujer, siempre hay que comer proteínas.

—A mí no me expliques nada, que me rallan las personas raras, yo no sé si la pizza es proteína, pero llevar, lleva pollo, pero yo me las como de dos en dos, vamos, que no me quitan la pizza ni de coña– dije para buscarle la lengua.

—No soy raro y tú no deberías abusar de las pizzas.

— ¿Me estás llamando gorda? – dije poniendo cara de ofendida.

—Para nada, en absoluto— puso cara de asustado.

—Ahhhh, pues para que veas, no lo estoy y me hartó de pizzas – hice otra mueca.

— ¡No tienes remedio!

— Menos mal que te das cuenta...

Pasamos toda la tarde bromeando, luego tomamos algún que otro café y por la noche nos fuimos a un precioso bar, en plan balinés, ni nos cambiamos de ropa, caímos de la playa allí.

Miguel pidió la cena, un gran lenguado a la plancha para cada uno y una

ensalada Frutti di mare.

—Miguel. ¿Siempre vas a la playa a la misma hora?

—Claro, por la tarde es cuando puedo aprovechar, el verano pasa muy rápido, así que para que voy a perder el tiempo quedándome en casa.

—Hombre, claro, tienes razón. ¿Pero siempre vas sólo?

—Cuando me apetece, si no, tiro para Sancti Petri que allí están mis amigos.

—Siempre a las cuatro de la tarde...

—Ajá...

—Pensé que venías por mí... — dije mirando al techo como si no hubiera soltado nada...

Miguel levantó la mano y le pidió un bolígrafo al camarero, luego escribió algo en una servilleta, mientras tapaba con la otra mano y luego la dobló.

— ¿Puedo confiar en ti?

—Claro. ¿Por? — pregunté intrigada.

—Mete esto en tu bolso — me dio la servilleta bien doblada— no lo leas hasta que estés en la cama.

— ¿Tiene que ser en la cama? — pregunté bromeando.

—Antes de dormir...

—Vale.

Me acompañó hasta la puerta del apartamento y no me dijo de quedar, eso sí, antes de irse me pegó contra él, me dio un precioso beso en los labios y se marchó.

Subí emocionada de nuevo, me duché y me metí en la cama. Sostuve por unos segundos la servilleta en mis manos, me daba cosa abrirla, hasta que al final lo hice.

“Te esperaré todos los días.”

Me quedé muerta, de piedra, te esperaré todos los días, es la frase más bonita que jamás me habían dicho, era obvio, se refería a las cuatro en las hamacas, pero la frase contenía algo más, sabía que llevaba otro mensaje y a mí... ¡Me había emocionado!

Capítulo 5

Me despierto a las doce de la mañana, estoy en mi pequeña cocina americana pensando en Miguel, ese chico tiene algo... me apetece conocerlo más, no sé me gustaría verlo en el gimnasio o en otros lugares, ¿cómo será con la gente? Tengo tanta curiosidad... ¡HOSTIA! Joder con el despiste que tengo, en vez de leche le estoy echando al café caldo de pollo.

Está visto que lo mío no es preparar café así que me fui al bar. Luego me tumbé en la hamaca, tenía una flojera histórica. Hoy no me movería de allí. Me tiré en mi hamaca y sonó mi móvil.

—*Hoy cambiamos de playa. Te recojo en el portal en una hora.*

Pero si son las doce, saldrá antes hoy, puff, y yo con esta flojera...Bueno, haré el esfuerzo, estará bien ver otra playa.

A la una fui donde quedamos, allí estaba el en su Volkswagen siroco blanco, con su musiquita, él llevaba una camisa de tirantes y unas calzonas cortas todo blanco, sus gafas de sol y la sonrisa que me estaba volviendo loca.

—Buenas tardes, ¿vamos?

—Si. — me monté en el coche y le di un beso en los labios sensualmente.

—Nena —me dijo serio, — para o no podremos ir a ningún sitio.

Yo me reí, me encantaba gustarle tanto...

—Bueno, ¿dónde me llevas?

—Vamos a Atlanterra, una de las mejores playas de Cádiz y yo diría que del mundo. También se le llama la playa de los alemanes.

—Ah, bien. — dije sorprendida y me quedé mirándolo embobada de nuevo.

Después de casi una hora en coche, ya estaba harta.

— ¿Queda mucho?

—No, ya estamos, ahora sólo queda buscar aparcamiento que es un poco difícil aquí.

Le dimos como tres vueltas a todo aquello y al fin encontramos sitio.

— ¿Hay que andar mucho hasta la playa?

—Un poco.

—Eso es que mucho, joder, no tengo ganas de andar, estoy floja, llévame en brazos.

—Sí, claro, vas a tener que mover un poco ese bonito culo porque yo ya voy bastante cargado, mira. — abrió el maletero y empezó a sacar sombrilla, nevera y dos sillas.

—Bueno, te ayudo — dije cogiendo la sombrilla.

— ¡Qué detalle! Gracias.

Empezamos a andar, teníamos que pasar por tres tramos de escaleras de piedra que bajaban a otra carretera, luego otra y la última a la playa, pero cuando llegamos a la segunda estaba vallada como si estuviera en obras.

— Vamos a tener que saltar, la próxima bajada está super lejos.

— Joder, si no me apetece andar, imagínate saltar.

— Venga, abuelita, es solo una vallita y te ahorras una caminata de media hora.

— Está bien.

Mientras yo saltaba, él aprovechó para mirarme, llevaba falda...

La escalera estaba fatal toda rota y una montaña de piedras allí, así que fuimos con cuidado y al llegar abajo de nuevo a saltar la vallita y a enseñarle todo al muchacho, que me miró de forma picarona al ver que yo levanté esta vez la pierna en su dirección para que pudiera ver aún mejor.

— Al final me estás haciendo hacer deporte, andar, saltar vallas y cargar peso — me reí al verlo a él con sus músculos en tensión por todo lo que llevaba encima, nevera, toalla, sillas...Y yo sólo llevaba mi bolso de playa y la

sombrilla.

— Sí, sobre todo peso, ya sólo queda una bajada.

Llegamos a la playa por fin, es verdad que aquello merecía la pena, no era muy grande pero sí que era preciosa, arena blanca, el mar un poco revuelto y estábamos rodeados de una montaña en la que asomaban preciosas y enormes casas de lujo. En la parte de acantilado más pegada al mar un gran faro asomaba para avisar a los barcos de su posición, parecía estar en una de esas novelas de marineros y sirenas.

— ¿Te gusta? — me preguntó al verme observarlo todo.

— Me encanta, gracias por traerme.

— ¿Un bañito?

— ¡Sí, vamos!

Él se bañó rápido y se salió y yo me quedé un poco, el agua estaba buenísima, me puse a nadar y luego a flotar bocarriba, miraba los pequeños hilos de nubes, ¡qué relajación! Al salir mi sorpresa fue que Miguel tenía ya preparadas dos cervezas fresquitas y dos bocatas de jamón y hasta un paquete de patatas.

— Pero... ¿qué le han hecho a Miguel? Tú no eres, ¿qué ha pasado aquí? — los dos reímos.

— Bueno, por un día no pasa nada, yo también sé disfrutar, además la compañía y el lugar lo merecen. — Y me ofreció la cerveza.

— Ummm... ¡qué rico! Me muero de hambre.

— Vamos a sentarnos en la arena mojada que estamos más fresquitos.

— Vale— le dije, ya habíamos comido y nos habíamos bebido dos cervezas

cada uno, al levantarme me sentí un poco mareada, me afectó bebérmelas tan rápido. En la tierra mojada él se tiró bocarriba y se relajó cerrando los ojos y yo comencé a echarle arena encima de las piernas y brazos.

— Entiérrame entero.

— Bueno, pero te pondré tetas.

Él se rio y se encogió de hombros, yo seguí echándole tierra encima hasta que me aburrí y empecé a echarle tierra cerca de la cara.

— Me está cayendo en la cara— y me miró, a lo que contesté con una sonrisa maliciosa y tirándole otra vez.

— Yo que tú no haría eso más.

— ¿Ah no? ¿Y por qué?

— Porque puede ser que te hartes de comer arena.

Yo como no podía ser de otra manera cogí un puñado de arena, lo miré y se lo tiré a la vez que salía corriendo de él que se había levantado para cogerme, por supuesto no tardó nada en cogerme, me tiró al suelo bocabajo y se puso encima haciéndome una llave para que no pudiera escaparme, yo no podía parar de reír.

— ¿Ahora qué? ¿Quieres arenita? — me decía y el muy capullo me puso un puñado de arena en la boca, como me estaba riendo pues comí arena. Intenté escapar, pero no podía solo pude soltarme una mano con la que cogí arena, se la tiré a la cara y aproveché ese momento para hacer fuerza hacia arriba y tirarlo, pero me tenía agarrada y me llevó con él, como estábamos en cuesta salimos rodando mientras peleábamos como niños hasta que llegamos al agua y me soltó pegando un salto por el frío del mar.

Muertos de la risa fuimos a darnos un baño, allí se acercó a mí.

— ¿Estás bien?

— Sí, aunque aún tengo arena en la boca. — dije regañándole. Él me abrazó y besó, metió su lengua en mi boca y terminó mordisqueando mi labio inferior, lo que me dejó callada.

— Pues no he notado nada. — rio.

— ¿Quieres un mojito?

—Claro, pero ¿dónde? No hay chiringuito...— dije volviéndome a mirar si es que se me había pasado por alto, pero no, y cuando lo miro a él veo que saca de la nevera dos vasos y limas.

— No... Pero Miguel, eres una caja de sorpresas, también has traído mojitos...

— Preparados al momento, para que veas.

Hizo los mojitos más ricos que he probado en mi vida, nos tomamos dos cada uno y ya paramos porque estábamos bastante afectados, nos tumbamos en mi gran toalla— manta y seguimos charlando y besándonos, él cogió su móvil e hizo algunas fotos al atardecer y luego a nosotros. Se hacía de noche y todas las casas encendieron las luces de sus porches y entradas, se veía precioso, en la playa ya sólo quedaba un par de hombres que habían venido a pescar y nosotros.

—Es mejor que nos vayamos ya o no veremos la salida, aunque si no fuera porque mañana trabajo, me quedaría aquí a dormir. — me decía, —la noche está muy buena.

—Es verdad, hace una noche buenísima, pero la verdad es que tengo hambre.

— reí.

—Eres una comilona, ¿eh?

—Pues sí. Y cuando bebo más y tú me has estado emborrachando.

—Sí, tú has puesto muchas pegas.

Cogió las sillas y la nevera y cogimos el camino de vuelta. Pasamos el primer tramo de escaleras, llegamos a la primera carretera y llegamos a la valla que cerraba la segunda, esperamos que no pasaran coches y la saltamos, empezamos a subirla, la luna nos alumbraba, pero el camino que tenía por los dos lados árboles estaba bastante oscuro, a la mitad de él...

—Maca, espera.

Soltó las cosas y me agarró. Era un tramo en el que la escalera tenía escalones más largos, como una parada, acercó su cara a la mía y me besó, la pasión se desató entre nosotros, aquel beso, era largo, de esos que no paran de subir la temperatura, acercó su cuerpo al mío pegándome a la pared, su miembro se notaba muy excitado y duro, comenzó a rozarse y yo me estaba excitando demasiado, me tocaba los pechos.

—Nunca he hecho el amor al aire libre. — me susurró al oído.

Aquello me puso por las nubes. Él bajó hasta mi falda la levantó y echó mis braguitas del bikini hacia un lado, lamió mi clítoris sacándome un gemido, estaba más excitada que nunca. Me dio la vuelta y me puso mirando a la pared, me bajó las braguitas y metió sus dedos, luego introdujo su pene erecto en mi centro dándome el mayor placer de mi vida, empujaba rítmicamente y gruñía diciéndome lo encendido que estaba. Luego tiramos la toalla en el suelo y me tumbó en ella, de nuevo entró en mí y comenzó a besarme apasionadamente, me decía que estaba a punto, que yo lo excitaba al máximo y que cuando yo quisiera nos corríamos, yo le decía que me quedaba muy poco, me empezó a tocar el clítoris y me empujaba más y más fuerte, al final, cuando más fogosos estábamos pegó su cuerpo al mío y me dio más fuerte

agarrando mis nalgas, yo le hincaba las uñas en su espalda y le besaba hasta que no pude más y abrí la boca en un gemido final.

Nos vestimos y fuimos hacia el coche en silencio, había sido precioso, hacer el amor bajo la luna...

Capítulo 6

Me levanté a la mañana siguiente como las colegialas a las que le dan su primer beso. Sólo que, a mí, lo que me habían dado era el polvo de mi vida. Madre mía...

Iba por el pasillo pegando saltos, cual idiota. ¿Pero cómo no iba a hacerlo? Ese hombre... Bueno, ya me entendéis, parecía ser que era bueno absolutamente en todo.

Eso y que me gustaba más de la cuenta.

Torcí el gesto cuando pensé eso. No estaba mal, al contrario, era algo bueno. Pero lo nuestro sería una aventura de verano, ¿no? Y yo no quería pasarlo mal por un tío, ni mucho menos.

Iba yo en mi burbuja cuando el mueble se me puso delante y me metí una hostia en el dedo pequeño del pie... Oh, joder, ¡qué dolor! En ese momento mi felicidad se fue al garete y parecía más bien la niña del exorcista mientras

un sonido extraño, demasiado grave, salía de mi boca al evitar chillar como una loca. Aunque no sé qué era peor, la verdad... Hasta yo me asusté de lo que hizo mi garganta.

La verdad es que sólo quería que llegara las cuatro de la tarde en la que sabía que mi niño aparecería por la playa ¡Quería verlo! Tenía unas ganas locas de que me besara de nuevo, me acariciara, jugar con él y sobre todo perderme en ese cuerpo de infarto.

Puse la radio, cadena Dial y comenzó a sonar Maluma, la de felices los cuatro, yo me puse a cantar como si se me fuera la vida en ello, estaba feliz, estaba... ¡No, ni de coña! No estaba enamorada, no podía enamorarme en unas vacaciones que tenían fecha de caducidad y de alguien que vivía tan lejos de mí... en ese momento la pena invadió mi estado de ánimo.

A la una, sonó el telefonillo del apartamento ¿Quién carajo se había equivocado?

— ¿Sí?

—Hola, petarda, soy Miguel, baja que te invito a comer.

— ¡Miguel! ¿Qué haces tan temprano aquí?

—Bajas mejor y te explico, no tengo ganas de hablar con un telefonillo mientras todos pasan – dijo bromeando.

—Demasiado que tienes la suerte de que un bombón como yo te hable – solté una carcajada – voy para abajo.

Ya tenía puesto el bikini, así que me puse un traje de ganchillo blanco que dejaba ver mi piel a trozos, me parecía tan bonito y sensual... luego me puse un sombrero de paja tipo cowboy, con mis gafas de sol grande a lo Pantoja, me veía super mona.

— ¿Te han echado del curro? – dije bromeando y acercándome a él.

— ¡Qué va! Hoy sólo entrenamos de nueve a doce. Por cierto, estás guapísima... — me guiñó un ojo.

— ¡Gracias! Debió sentarme muy bien el polvo de ayer... — dije con picardía.

—Pues cuando quieras repetimos — me dio una palmada en el culo, me agarró por el cuello y nos fuimos hacia su coche.

— ¿Se puede saber adónde vamos?

—A comer y luego a entrenar...

— ¿¿¿A entrenar??? ¡Una mierda para ti! — me crucé de brazos sentada en el asiento del copiloto.

—Joder, pues sí que eres floja — soltó una sonrisa.

—No soy floja, pero te digo una cosa, cuando nos muramos, créeme, que los músculos se te atrofiaran y luego te desaparecerán... así que no se para que te matas tanto — hice una mueca con los labios.

—Yo no me mato, disfruto de lo que hago, petarda.

—Pues disfruta tú, a mí no me hace falta. ¿No ves la buena genética que me dio la vida? — solté una carcajada.

—Estoy de acuerdo, pero todo se puede mejorar.

—Mira, Miguel, no me toques el pipote que te mando a la mierda rápido, tú estás obsesionado con estar musculitos...

—Para nada, sólo es mi trabajo, además de que disfruto cuidándome.

—Tú no sabes lo que es disfrutar, comer y beber lo que te dé la gana — protesté.

—Ya... ¡Qué triste eres!

— ¿De verdad me lo dices?

—No... — solté otra carcajada — pero de que estás obsesionado, lo estás... Por cierto ¿Dónde vamos?

—A la playa de Sevilla...

—Sí, hombre, como no sea al río Guadalquivir...

— ¡Hombre! Menos mal que sabías que Sevilla no está en la costa... — me guiñó el ojo sonriendo.

— ¡Gilipollas!

—Y tú la más bonita...

—Va, no me des más coba. ¿Adónde vamos?

—Pues mira... vamos a comer en un sitio espectacular...

— Pero ¿dónde?

—Joder, sí que eres insistente...

—Y tú enigmático, encima que yo soy muy impaciente y me matas con tus misterios.

Puso la radio, cadena Dial, la que sabía que me gustaba, estaba sonando la de Shakira y yo comencé a cantársela como si no hubiera mañana....

Me enamoré, me ena—ena—namoré
Lo vi solito y me lancé
Me ena—na—namoré
Me ena—na—namo
Mira qué cosa bonita
Qué boca más redondita
Me gusta esa barbita...

El no dejaba de sonreír al escucharme cantarla mirándolo.

Llegamos a una cala de Conil “La Cala del Aceite”, espectacular, un rincón precioso que no me esperaba, nos sentamos en el chiringuito que había frente al mar, nos pedimos dos cervezas y una dorada cada uno a la espalda.

—Me encanta Cádiz, es todo tan bonito, tenéis lugares que son increíbles y la gente super graciosa y simpática.

—Ni que hubieras conocido a mucha gente – sonrió.

—La suficiente – saqué mi lengua – además... ¿Qué sabrás tú lo que yo hago por las mañanas o cuando me voy al apartamento por la noche?

—Conociéndote – frunció el ceño – Ummm... seguro que por las mañanas estás en plan remolona y dándote un atracón de desayuno y por las noches, tirarte en la cama a pierna suelta...

— ¿¿¿Me estás llamando vaga??? Que no haga deporte, no significa que esté todo el día comiendo como una cerda y tirada a piernas sueltas... — puse gesto de enfado.

—Va. ¿Cuándo me vas a dejar que te dé una sesión de entrenamiento personal?

— ¡Nunca!

— ¿Ya estás enfadada? ¿No decías que la gente de Cádiz somos muy graciosas? Entonces... ¿Querías decir que lo son todos menos yo? — puso cara triste y solté una carcajada.

En ese momento una voz femenina irrumpió, cosa que hizo que me girara para comprobar de quién se trataba, pero rápido ya estaba pegada a la mesa.

—Vaya, vaya... No te esperaba por aquí. Veo que pronto buscaste otro trofeo más para añadir a las chicas que metes en tu cama y que la traes al mismo sitio que nos traías a todas.

Fui a mandarla a la mierda, pero Miguel contestó rápido.

— Te jode que no te escoja a ti para hacerlo, ¿verdad? — dijo en plan borde mirándola fijamente.

— ¿A mí? Ya tuve suficiente contigo, cariño, no dabas para más...

— ¿No daba? Te recuerdo que fui yo quién te dejo... Ahora puedes seguir tu camino, estamos comiendo plácidamente para que venga nadie a molestar.

—Claro, ya me voy. No pienso perder el tiempo con alguien como tú, que no se preocupa por la familia que dejó, pobre de esa mujer y vuestra niña... Hasta luego, campeón – se fue, no sin antes guiñarle el ojo.

Me quedé muerta. ¿Mujer? ¿Hija? ¿Qué estaba pasando aquí? Menos mal que la dorada me la había comido, porque en ese momento se me habría pasado el hambre.

—Hija de p...

— ¿Qué es eso de que tienes mujer e hija? – pregunté enfurecida.

—No, no tengo mujer. No me apetece hablar de eso ahora – dijo con tono enfurecido.

—Pero...

—Pero nada, hay cosas que forman parte del pasado y llegado el momento si lo fuera, yo seré el que te las contaré sin necesidad de que me preguntes.

— ¡Eso no es justo!

—No te he pedido nada, Maca, hay cosas que me duelen y creo que ahora no es el momento.

— ¿Y cuándo lo es? Te recuerdo que me han llamado trofeo – dije indignada.

— ¡Para mí no lo eres! ¿Qué pasa, que porque una desconocida para ti tenga ese atrevimiento ya consideras que tiene razón? – se levantó cabreado, se quitó la camiseta y se fue al agua, dejándome ahí con todas las dudas.

En esos momentos me dieron ganas de irme de allí ¿Pero ¿dónde iba a ir?

Estábamos en el quinto pino de Conil, en una cala perdidos en medio de mucho terreno... pero estaba enfurecida, recordando cada palabra que la estúpida esa había soltado.

El móvil de Miguel estaba sobre la mesa, me daban ganas de mirar sus mensajes y registrarlo, pero... ¿Quién era yo para hacerlo?

¿Tenía ex mujer? ¿Una hija? ¿Muchos trofeos? Me daban ganas de llorar. Oh no, me daba que, aunque no quería admitirlo me había... ¿¿¿Enamorado???

Quería llorar, patalear, me sentí como si me hubieran clavado un cuchillo en el corazón, lo observaba a lo lejos, en el agua, mirando al horizonte, sabía que estaba de brazos cruzados y enfadado, pero ¿Qué culpa tenía yo? ¿Acaso no tenía derecho a saber? ¿Sólo era una compañía y un puto polvo para él? La cabeza me iba a estallar.

Vi como ella de nuevo se acercó a él, me dieron ganas de ir y liar una gorda, pero seguramente ni era mi problema, ni era quién para meterme en la vida de nadie.

Sentía rabia, dolor, ver esa escena a lo lejos me hacía sentir mucha impotencia.

— ¿Me puedes traer un Gin Tonic? – dije al camarero que llegaba a retirar los comensales.

—Claro.

No dejaban de discutir, se llevaron unos minutos moviendo las manos en signo de enfado, pero ¿quién coño era esa tía? Mejor dicho ¿Qué coño pintaba yo en todo esto?

—Aquí tiene su copa, señorita. – Irrumpió el camarero mientras yo seguía observando aquella escena que me partía el alma.

—Gracias – respondí con voz triste.

— ¿Está bien? – preguntó preocupado el camarero al ver mi cara de tristeza

—Sí, perdone, sólo algo cansada.

—Eso debe ser que se está dando unas buenas vacaciones – dijo mientras se retiraba.

—Claro...

Miguel se venía hacia el chiringuito dejándola allí toda sofocada, él no venía de menor forma, jamás lo pude imaginar tan serio y enfadado. Me puse a mirar el móvil ya que no quería que me viera mirándolo, realmente no sé ni si me importaba o no que lo supiese, yo sólo sabía que estaba llena de dudas y dolor.

Se sentó sin decir nada, llamó al camarero y le pidió un café.

Se quedó mirando al mar, sentado cómodamente, con un pie por encima de su rodilla, se puso las gafas de sol y así se quedó un buen rato.

Nos habían dado la comida, eso era obvio, pero el problema es que se habían creado unos ciertos enigmas que me daban la sensación de que era el principio de algo que comenzaría a ser entre nosotros diferente, algo me decía que todo lo especial que se venía forjando diariamente entre nosotros, ya no iba a existir, eso me partía el alma.

Al cabo de un buen rato se dignó a hablar.

—Maca, siento lo que ha sucedido, quizás algún día que esté mejor te lo cuente.

— ¿¿¿Quizás??? – pregunté enfadada, no me pude contener.

—No estoy obligado a hacerlo – dijo en tono serio.

—No pienso ser un juguete de verano para ti – respondí muy enfadada.

—Nadie te trata así – seguía en tono suave y mirando al mar.

— ¡Vete a la mierda!

—No me faltes el respeto, yo no lo he hecho contigo...

— ¿No? ¿Engañarme y no contármelo no es faltármelo?

— ¡Maldita sea! – ya subió el tono —. No te he pedido nada, nos hemos conocido, nos hemos caído bien. ¿Pero te he prometido algo o hemos hecho un compromiso de algo? – dijo enfadado.

—Me ha quedado clarísimo... — puse cara de pocos amigos.

— ¿Qué hay de malo, Maca? ¿Te he mentido en algo? Hasta ahora todo lo que me has preguntado te he dicho la verdad, por supuesto que todos tenemos un pasado, pero eso es mi vida y no es lo que quiero hablar ni recordar ahora.

—Paso, no quiero escuchar más nada, cuando quieras, nos vamos...

—Está bien – dijo y se levantó hacia la barra a pagar, yo me fui para el coche a esperarlo.

El camino de vuelta no volvimos a hablar, me dejó en la puerta de mi casa y no me dijo ni adiós, me bajé del coche, di un portazo y me fui.

Me pasé toda la tarde triste en el apartamento, me daban ganas de irme y no volver a aparecer más por estas tierras, era evidente, que me habían robado el corazón.

Capítulo 7

Me levanté de la cama a las once, casi no había dormido nada porque no paraba de darle vueltas a mi cabeza pensando qué coño sería tan grave como para que Miguel no quisiera contarme nada sobre aquel pasado, que le podría haber hecho él a aquella mujer o incluso a alguna más, no tenía pinta de ser un mujeriego, pero bueno las apariencias a veces engañan, llegué a la conclusión de que seguramente tendría una mujer y él le pondría los cuernos o algo así, pero eso no era lo que más me preocupaba, el hecho de que tuviera una niña me dolía aún más, eso no era malo, pero no sé, mi parte egoísta lo quería sólo para mí y si de verdad tenía una pequeña eso no sería así.

Mi barriga dio la voz de alarma, tenía que comer algo ya, me fui a desayunar al bar.

— ¿Qué le pongo hoy, señorita?... Chica, perdone, ¿quiere que le ponga algo de desayuno?

—Sí, sí perdona, estaba pensando. Ponme media tostada y un cortado largo con azúcar moreno, por favor.

Seré idiota me había quedado mirando al infinito tan metida en mis pensamientos que ni siquiera había escuchado al pobre camarero.

—Marchando. — dijo y se fue a prepararlo. Era un chico muy atento.

Necesitaba distraerme un poco así que llamé a mi hermana para ver cómo estaban las cosas.

—Hombreeee, pero si es la viajera... ¿qué tal? Cuenta, cuenta...

—Hola, Daniela, pues nada aquí de floja todo el día en la playa y cuando se me antoja pues de compras o de fiesta, muy mal todo. — dije en tono gracioso para que no notara mi tristeza. — Y vosotros qué tal, ¿alguna novedad?

—Espera, hija, que está tu madre aquí y en cualquier momento me arranca el móvil, habla un poquito con ella.

—Vale, pásala, se lo merece por no llamar continuamente que es lo que yo esperaba.

—Nena, ¿cómo estás, bebé? Te echo de menos. ¿Cuándo vuelves? Nadie me pinta ahora las uñas ni me ayuda con la ropa, te necesito. ¿Estás comiendo bien?

—Mamá, para ya no me acuerdo de la primera pregunta. —le dije riñendo, pero en realidad me había sacado la sonrisa que tanto necesitaba. —Yo también te echo de menos, ya queda menos para que vuelva y sí como genial por aquí, hay mucho pescado fresco y de todo.

—No comas mucha pizza, nena, que es malo.

—No mamá. — no lo dudes, pensé, ésta, en horas, va a caer una. —Mamá tengo que dejarte dales muchos besos a todos, os quiero, muak, muak.

Colgué, dejé un billete de diez euros en la mesa y salí corriendo, vi que Miguel estaba corriendo en la playa, tenía que ir y hablar con él. Metí la carrera de mi vida, me estaba ahogando, pero tenía que alcanzarlo, cuando estaba a un metro de él se dio la vuelta para empezar a correr hacia el otro lado y....

¡Mierda! No era él. Esto ya pasa de castaño oscuro, me estaba obsesionando

con ese chico, tengo que hacer algo, pensar con calma.

Después de coger aire porque había corrido más que en toda mi vida y darme un bañito refrescante en aquella maravillosa playa, estaba bastante más tranquila.

Pensando en que podía hacer para pasar el tiempo me acordé de Sonia, era viernes y seguro que ella y sus amigas salían de marcha y ese era un buen plan, es más, por mí empezaba ya a beber.

—Buenos días, señorita, ¿me puede ayudar? — le dije al entrar en la tienda en broma, pero en realidad sí que venía buscando ayuda, aunque no para comprar ropa.

—¡¡Hola!! Parece que me has leído el pensamiento te iba a llamar en cuanto terminara el turno, hoy salimos en Conil, que hay más marcha.

—Pues aquí me tienes dispuesta a darlo todo. —reí. — ¿A qué hora terminas?

—Hoy termino al mediodía así que, si quieres, vamos a la playa por la tarde y luego nos vamos de fiesta.

—No, no prefiero quedarme por el centro estoy un poco harta ya de playa.

—Bueno, está bien, si quieres almorzamos juntas y así no tienes que irte y volver.

—Estupendo, te espero en algún bar de por aquí y así no te molesto mientras terminas. —le propuse. Estaba loca por una cerveza bien fría.

—Está bien, mira en esta misma esquina hay uno que se llama la flamenca y ponen buenas tapas, si tienes hambre, empieza sin mí, con confianza cariño.

—Vale, allí te espero. — Le di un beso y me fui. Ya tenía plan para el día de hoy, pero como tonta que soy no paraba de mirar el móvil por si llegaba un mensaje suyo, cosa que no pasaba.

Eran las seis de la tarde y ya tenía un colocón curioso, el día pintaba bien.

—Oye, y tu Miguel... ¿qué tal fue con él?

—Buaf, mejor ni preguntes. — bufé.

—Ves, sabía que te pasaba algo, desembucha, capulla.

—Está bien...—se lo conté todo, bueno lo que se podía contar, me desahogué, necesitaba aquello.

—A ver, Maca, creo que en realidad le estás dando muchas vueltas, tú sólo vas a estar aquí un mes y pico más, y él tiene su vida aquí, lo siento mucho, cariño, pero pienso que en realidad deberías vivirlo como un rollo de verano y ya está.

Tenía razón, estaba liando más el asunto de lo que me convenía, pero el problema era que ese chico me estaba gustando demasiado.

—Es verdad, pero no pude evitar sentirme traicionada, en realidad me estoy rallando por algo que no me incumbe. Pasaré del tema y si él me llama o me habla le diré que en realidad no quiero saber nada de su vida que si quiere sigamos divirtiéndonos y si no pues a otra cosa mariposa, es lo mejor. De todas formas, cuando me vaya, cada uno seguirá con su vida.

—Sí, pero a ti te gusta mucho, tienes que ser fuerte y mentalizarte o de lo contrario sufrirás en vano. Piensa que todos los tíos son iguales, cuando te

vayas y pase un tiempo, conocerás a más chicos y te acordarás de Miguel con una sonrisa, pero como parte del pasado. — Me consolaba Sonia. A pesar de llevar poco tiempo conociéndonos aquella chica me cuidaba como una gran amiga. —Oye, te vienes y nos arreglamos en mi casa, te dejo algo de ropa, tienes más o menos mi talla.

—Vale, me apunto, hoy harás de mi estilista. Para eso eres la mejor.

Fuimos a su casa, ella se duchó primero y mientras yo me duchaba ella buscaba modelitos. Cuando salí, aún en toalla, me estaba esperando con la cama llena de ropa y dos chupitos en la mano.

— ¡Hey! Esa es mi chica. — nos lo tomamos y reímos, comenzó a enseñarme tres conjuntos que tenía preparados para mí.

—Venga pruébatelos y elegimos.

—Me quieres poner putona, ¡eh! — dije al verlos. —Déjate de rollos esta noche es sólo de chicas, paso de tíos.

—Está bien, esta noche nada de tíos. No vale separarse. — rio y me ofreció otro chupito, esta vez para brindar por aquel pequeño pacto.

Nos lo estábamos pasando tan bien que se nos hizo tarde para salir a cenar y pedimos pizza y cervezas y después de cenar terminamos de arreglarnos, llamamos a las chicas y nos fuimos para Conil. Un pueblo vecino de Chiclana.

Aquella discoteca era enorme y estaba llena y para entrar había una cola gigantesca.

—Chicas ¿hay que esperar esa cola? — dije aburrida ya sólo de pensarlo.

—Si, pero no te preocupes así mientras vamos entonándonos, que dentro las copas son más caras. —dijo enseñándome una botella de ron y riendo.

—Bueno, si es así... mucho mejor. — contesté yo, más tranquila ahora, — se ve que he dado con unas expertas, sabéis lo que os hacéis. —reí.

No paré de beber en toda la noche, ni yo ni las chicas, menudas borrachas. Lo pasamos genial, las chicas eran muy divertidas y no paramos de bailar y hacer las payasas. Menos mal que fuimos y volvimos en taxi porque salimos de esa discoteca casi a rastras.

Sí, en efecto, al otro día mi cabeza era un carnaval, parecía que tenía un fuerte moreno tocando el tambor en ella. Sólo me levanté de la cama a las dos de la tarde sujetando mis sienes para tomarme una pastilla y comerme un plátano, de inmediato caí en el sofá. Antes de tirarme miré el móvil, nada, nadie me había escrito ni llamado, así que me volví a dormir.

Ya podía haberse estropeado el puñetero móvil al caer al váter, al menos sabría que no funcionaba y prefería la incertidumbre de no saber si me escribía o intentaba hablar conmigo a tener la seguridad de que no lo hacía.

¡Maldición!

Me desperté a las ocho de la tarde y aún estaba echa mierda, pero tenía hambre, mi dolor de cabeza había menguado un poco, gracias a dios, me puse un vestido cómodo y bajé a una pizzería y sí otra vez me comí una pizza, es lo mejor para la resaca. Mi cabecita, en la que no sé cómo quedaban neuronas después de ingerir tal cantidad de alcohol, volvió a traer a Miguel a mis pensamientos, no me había escrito ni un triste mensaje, no me había buscado, definitivamente no quería saber nada de mí. Pensándolo bien, tal vez sería lo mejor, no sé qué ocultaba aquel chico, pero en realidad en ese momento ya me daba igual, deseaba estar con él, besarle, había sido una idiota al exigirle

tanto, en realidad no era nada mío y él ya se había ido, ya no lo tendría más.

Capítulo 8

Escuché cómo llamaban a la puerta y fruncí el ceño, extrañada. Me reacomodé en la cama, decidida a seguir durmiendo.

Segundos después, volvieron a llamar. Nadie sabía dónde vivía. ¿Quién podía ser?

Después de la pizza, me fui a casa con una botella de vino en la mano y me la bebí entera acostada en la cama, con la Tablet encendida mientras veía una película romántica en Netflix.

Sí, otra vez a beber, a la mierda. Iba de resaca en resaca.

Y sí, me harté de llorar, qué se le va a hacer. Una va de dura por la vida y al final resulta ser una sensiblerona de mierda que llora con cualquier película categoría Z, porque hay algunas que son malas... Pero malas... Y si a eso le añadíamos las ganas que tenía de ver a mi entrenador y lo poco que había durado nuestra aventura de verano...

En fin... Así acabé, sin saber cuándo me dormí ni dónde mierdas acabó la botella de vino. Pero nada de eso me importaba ahora, yo solo quería dormir.

Mierda, otra vez llamando.

¡¡¡Voy!!!, grité, y sé que lo hice porque casi me estalla la cabeza al oírme a mí misma.

Me levanté a duras penas, no sin antes pisar la botella de vino que estaba tirada en el suelo. Menos mal que entera, lo que me faltaba era que se hubiese roto...

Caminé hasta la puerta mientras masajeara mis sienes y abrí cuando volvió a sonar el timbre. ¿Pero quién coño...?

Me quedé de piedra, literalmente.

— ¿Miguel?

— ¿Esperabas a alguien más? — dijo con la voz tensa. ¿Este tío es idiota o qué? ¿Encima es él el ofendido?

— ¿Qué ocurre? ¿Estás bien? — pregunté sin darle voz a mis pensamientos psicóticos. Que bien pensado, ya podía haberme puesto a ver películas de crímenes, al menos sacaría al demonio que llevaba dentro. Pero no, a mí solo me interesaba ver al buenorro del entrenador delante de mí, con cara de mosqueado, sí, pero delante de mí de nuevo.

— ¿Si estoy bien? ¿De verdad me preguntas eso?

Vale, había bebido demasiado porque no entendía nada...

— Has salido de fiesta — dijo mientras hacía que me echara hacia atrás para poder entrar en la casa—. ¿Y de verdad me preguntas si estoy bien?

— ¿Cómo sabes qué salí? — pregunté mientras me apoyaba en la pared y él cerraba la puerta.

No contestó, se giró hacia mí y me miró con las cejas enarcadas.

¡¡¡Estaba guapísimo!!!

— ¿Vino? — preguntó al acercarse a mí, lo bastante cerca como para olerme.

— No entiendo... — negué con la cabeza e intenté enfocar su cara mejor— ¿Qué haces aquí? De verdad que no entiendo nada, ¿estás bien?

— No, no estoy bien... — suspiró y contestó con voz frustrada. Se pasó las manos por el pelo en un gesto de nerviosismo o frustración y me miró fijamente a los ojos.

Y ya no vi más nada, lo siguiente fueron sus labios devorando los míos mientras su cuerpo me clavaba a la pared.

¿Pero qué demonios...?

Mi cuerpo reaccionó por sí solo, sin tener más preguntas en ese momento, sin que le importaran las respuestas. Estaba ahí, conmigo, encima de mí. Y yo solo quería sentirlo.

— No sé qué me está pasando contigo... — suspiró entre mis labios.

Pues anda que si no lo sabes tú..., pensé.

Pero en ese momento me importaba una mierda. Solo lo quería a él.

Sus manos agarraban mi cintura con fuerza mientras sus caderas embestían contra mí, haciéndome gemir con cada movimiento.

— Te necesito, aunque sea una vez más, pero hoy te necesito... — sus ojos me miraron con tristeza.

— ¿Qué está pasando? — pregunté con la voz entrecortada.

— Tú — suspiró — Mierda, tú eres lo que está pasando.

— Pero...

Pero nada, sus labios volvieron a devorarme, con fuerza, con desesperación. Bajó sus manos y las ahuecó en mi culo, cogiéndome en peso. Crucé mis piernas alrededor de su cintura y me agarré a su cuello mientras mi boca respondía a la suya, con hambre de él.

Siguiendo mis instrucciones entre beso y beso, logramos llegar a la cama sin que nuestras bocas se separaran más de lo necesario. Sin importar si sentía los labios magullados.

Caímos sobre ella y me quitó, casi rompiéndolas, la poca ropa con la que había dormido, jalando de la suya para deshacerse de ella.

—Necesito sentirte una vez más...

No paraba de repetir esa frase una y otra vez. Mientras me desnudaba, mientras nuestros cuerpos desnudos se tocaban, mientras su miembro entraba en mí... El grito que metí sonó desesperado, o de placer extremo, quizás las dos cosas a la vez. Porque yo también ansiaba sentirlo cerca, dentro de mí otra vez.

Nuestros movimientos eran un reflejo de la misma desesperación que ambos sentíamos. Solo se escuchaban los gemidos y cómo tratábamos de coger aire mientras él se movía, entrando y saliendo de mí.

Mi orgasmo fue rápido, tanto como el suyo. Su cuerpo cayó encima del mío y, cuando nuestras respiraciones se relajaron, se tumbó a mi lado, me abrazó y me dio un beso en la cabeza.

— Miguel, ¿qué...?

— Duerme, pequeña — me dijo con voz dulce.

Pfff, resoplé, pero me acomodé entre sus brazos y cerré los ojos.
Mañana sería otro día. Y tenía muchas cosas que explicarme...

Capítulo 9

—Miguel...

Fue lo primero que dije al despertar, mi mano tanteó la cama al no notarlo cerca. Abrí los ojos rápidamente, ¿dónde estaba?

Miré alrededor. Nada...

Me levanté y cogí una camiseta, me la puse encima de mi cuerpo desnudo y salí del dormitorio.

No estaba en la casa.

Con el ceño fruncido, suspiré y fui a prepararme un café. Joder, cómo me dolía la cabeza, tenía que dejar de beber por las noches o iba a acabar mal.

¿Y si todo había sido un sueño?

No, no podía ser, yo estaba desnuda. Claro que no era la primera vez que tenía un sueño erótico y me desnudaba dormida, pero...

Que no, yo lo había sentido. Había estado en mi casa, yo lo había tenido dentro de mí... Joder, ¿lo había soñado?

Me olvidé del café y di otra vuelta por la casa. Sin señales de Miguel. Iba a perder la cabeza, pero de verdad.

Volví a la cocina y me preparé una taza de café, dos pastillas para el dolor de cabeza y de la comida mejor pasar. No estaba mi estómago para mucho.

Me senté con mi taza y le di un sorbo.

¡Joder! ¿Pero qué le había echado ahora? Miré malamente alrededor. El caldo de pollo, el maldito caldo de pollo en vez de leche otra vez.

¡No sabía preparar ni un café!

Enfadada, dejé la taza en la mesa y me fui a la ducha. ¿Qué más podía

pasarme?

Una hora después, estaba en la calle, con mis enormes gafas de sol puestas y un dolor de cabeza impresionante. Me senté en un bar cercano a ver si podía beber un café en condiciones y tomarme, por fin, las pastillas que aliviaran el martilleo que tenía en mi cabeza.

Cuando el camarero me trajo mi café y mi zumo de naranja, abrí el bolso para sacar las pastillas y me encontré con un sobre.

¿Y esto...?

No recordaba tener eso. Lo abrí y leí la nota que había dentro.

“Ojalá tú también me esperaras todos los días.”

¿Miguel? Dios mío, entonces no había sido un sueño, estuvo en mi casa. No tuvo otra oportunidad de meter eso ahí que...

En ese momento, una sonrisa tonta se instaló en mi cara. Recordando la noche, sus besos, su cuerpo, su...

Mis ojos volaron y enfocaron de nuevo el mensaje, releyéndolo.

Ojalá yo también lo esperara todos los días. ¿Eso qué quería decir? ¡este hombre me iba a volver loca!

Por más que le daba vueltas al tema, no entendía nada. Me tomé el café y medio zumo y caminé hasta llegar a la playa donde sabía que lo encontraría. Pero no, no estaba allí.

Qué raro, era la hora en la que entrenaba a su grupo.

Miré alrededor y vi a unos chicos haciendo deporte, así que, sin más, me acerqué a ellos.

— Hola, perdonad, ¿conocéis a Miguel?

— Miguel, ¿nuestro entrenador? — dijeron varios a la vez.

— Sí, ese mismo. Había quedado con él hoy aquí — mentí—, pero no lo veo. No sé si está haciendo algo...

—Pues qué raro, porque ayer nos mandó un mensaje diciendo que tenía que irse de Cádiz y que lo sentía, pero nos mandarían a un sustituto.

— ¿Irse de Cádiz? — pregunté con la voz temblorosa.

— Sí, no nos dijo nada más, solo que tenía que irse de aquí y ya. Problemas personales que resolver...

—Oh — dije tras tragar saliva mientras todos me miraban como con... ¿pena?

— Seguramente me habrá dejado un mensaje en el móvil, me lo dejé en el hotel — dije poniendo cara de idiota, qué vergüenza...

— Seguro — sonrieron los chicos.

— Perdonad de todas formas, que tengáis un duro entrenamiento —reí falsamente mientras me despedía de ellos y me iba con toda la dignidad que podía.

Se marchó... Asuntos personales...

Ojalá tú me esperaras todos los días.

Joder, ¡ahora sí que no entendía nada!

Me senté en el chiringuito y pedí una cerveza. ¡A la mierda! La mejor forma de acabar con la resaca era con una cerveza.

Pero mi mente no dejaba de darle vueltas a lo mismo una y otra vez...

Necesito sentirte una vez más...

Esa frase suya de la noche anterior mientras me hacía el amor, volvió a mi

mente. Era una despedida. ¡Idiota! Esa no era forma de decirme adiós porque yo no entendía nada de lo que estaba pasando.

— *¿Qué está pasando?* — pregunté con la voz entrecortada.

— *Tú — suspiró— Mierda, tú eres lo que está pasando.*

¿Qué está pasando, Miguel? Pregunté al tener claro que la noche anterior se había despedido de mí. ¿Era un adiós para siempre?

Tomé la nota de nuevo y la leí hasta el cansancio.

“Ojalá tú también me esperaras todos los días.”

No, Miguel, no. Te fuiste y sin darme una explicación. ¿Esperarte?

Negué con la cabeza y no pude evitar que mis lágrimas cayeran por mis mejillas. Porque sí, lo habría esperado, como la idiota que era, me había enamorado. Pero, como él bien decía, no éramos nada, no fuimos nada, no nos prometimos nada.

Y ahí estaba yo, por la mañana, dejando la cerveza a un lado y pidiendo un café para aclarar mis ideas, sin saber qué había pasado, qué se suponía que tenía que esperar y...

Diciendo adiós a lo que solo fue, para él, una aventura de verano más.

Capítulo 10

Una semana sin saber de él, una semana encerrada en el apartamento saliendo solo para comprar comida, engañando a mi familia de que estaba pasándomelo genial, cuando realmente me estaba muriendo de la pena.

¿Enamorada? ¡Hasta las trancas! Aunque me costaba admitirlo, pero estaba enamorada hasta la médula...

Era finales de Julio, apenas me quedaba un mes y pocos días, en el fondo, aunque tenía desgarrado el alma y el dolor era muy fuerte, tenía miedo de que llegara el día de la partida. Sabía perfectamente que quizás no lo volvería a ver en este tiempo, pero saber que estaba a pocos kilómetros de él, me hacía sentir más esperanzada.

Me preparé un café, esta vez le eché leche, era obvio que desistí de comprar más caldo de pollo para no cometer más errores. Me lo tomé en la terraza, mirando al mar, el día era una postal, la playa estaba totalmente concurrida, a esas horas ya solo quedaban algunas hamacas de los chiringuitos y porque

había que pagar, si no, estarían todas llenas.

Sentí, con esa brisa que llegaba del mar, como si me hubiera cambiado el ánimo, recordé el mensaje de Miguel y me fui a pasar la tarde al chiringuito por si lo veía ahí, en el fondo tenía la esperanza de volverlo a ver, tenía decidido que como él me dijo: **“Ojalá tú también me esperaras todos los días.”** Pues lo iba a esperar, a partir de ese día lo esperaría todos los días, quizás si a Miguel le apeteciese verme en algún momento, sería donde me buscaría.

— Un café, por favor – dije mientras me tiraba en la hamaca.

— Enseguida.

Miré el reloj y apenas eran las 12 de la mañana, sábado, un amor de día, de estos que esa brisa que llega del mar hace que el día tan caluroso sea más refrescante.

Se me acercó una preciosa cachorrita de menos de un año, una Cocker marrón, comenzó a jugar conmigo, le día agua y miraba alrededor para averiguar quién era el dueño, pero nada, nadie miraba de forma especial como si de su perrita se tratase. Era muy cariñosa, viendo que llegaba la hora de comer me pedí un chuletón con patatas fritas y por supuesto invité a Duna, esa perrita que yo ya la había bautizado así, la verdad es que me daba cosita estar llamándola perrita...

Las cinco de la tarde, ni aparecía Miguel y muchos menos el dueño de Duna, así que me estaba desesperando, la perrita durmiendo en mis pies y yo sin saber que hacer, obvio que solo no la pensaba dejar.

Una hora después me puse el traje y la perra se levantó a mi vez, me di cuenta de que iba a seguirme, plan perfecto, necesitaba llevarla a un veterinario y si tenía chip localizar a esa familia que estaría como loca buscándola.

Llegamos al Fiat 500 que llevaba aparcado desde hacía muchos días, se montó de seguida al coche y me fui para un veterinario que había visto yo en un sitio, así que allí fuimos.

— No, no tiene chip – dijo el veterinario tras pasarle el detector.

— Jo, pobrecita... – dije sin dejar de mirarla.

— Podemos entregarla a una asociación que se encarga de ella unos días y si no aparece le buscan familia.

— ¿Y si no encuentran familia?

— Pues entonces se pone en mano de la empresa perteneciente a las autoridades.

— ¡Ni de coña! Me la llevo, voy a poner un post en Facebook y en páginas de Chiclana, si no aparecen, será mía – dije mirándola mientras ella no dejaba de hacerlo.

Una semana con Duna llevaba, mil anuncios en las redes sociales y nadie aparecía, en un mes yo me iría, no podía dejarla sola y menos aún en manos de nadie a su suerte. Ya la quería y la sentí mía, además era muy buena, cariñosa y me había ganado. Todos los días me acompañó a esperar a Miguel, todos los días jugando conmigo, todos los días llenando un poco de mi triste corazón.

Volví con ella a ese veterinario, era sábado por la mañana, una semana justa desde que estuve allí, sonrió al vernos.

— Hola, al final me la quedo, pero tendré que viajar con ella dentro de un mes, necesito que le pongas chip, me des el pasaporte y le pongas todas las vacunas al día.

— Claro, me alegra que te la hayas quedado.

— Yo más, me ha llenado una gran parte de mi vida, es un amor, me alegro de que nadie la haya reclamado, para serte sincera.

Con todo listo salí de la clínica, feliz, ya era mía, Duna, como la llamé desde el principio, mi niña Duna...

Nos fuimos a la playa, al chiringuito a comer, yo le hablaba todos los días de Miguel, le contaba lo que lo echaba de menos, las ganas que tenía de verlo, parecía que me entendiera, parecía que quería acompañarme en mi dolor.

— Hola – se me acercó el camarero.

— Hola, un café, por favor – dije mientras observaba que ponía sobre la mesita un sobre.

— Esto lo dejaron esta mañana para usted.

— Gracias – dije titubeando.

En cuanto se fue el camarero lo cogí para abrirlo, me daba miedo leer, no podía ser otro más que Manú.

“Te esperaré toda mi vida.”

Capítulo 11

“Te esperaré toda mi vida.”

Otra vez el mismo mensaje. ¿Que me espera toda la vida? ¿Qué quiere decir con eso?

- Joder, Miguel, eres un gilipollas – dije entre dientes mientras miraba alrededor. Acariciaba a Duna que me miraba triste, percibía que lo estaba pasando mal.

Apareces en mi cama, sin siquiera yo saber si era un sueño o algo real, para desaparecer antes de que despierte, habiéndome dejado una nota de que te espere... Sin más explicaciones, sin saber qué está pasando, sin saber dónde demonios estás ni lo que quieres... ¿y ahora me dices que me esperarás toda la vida?

— Pero ¡¿qué quieres de mí?!

Dije, esta vez no tan bajito, carraspeé cuando me di cuenta de que más de uno me había oído y me miraba. Rápidamente miré a Duna, tumbada a mis pies, para poder disimular lo más que pudiera.

Me tomé el café mientras miraba el mar. Me sentía cansada, sobre todo psicológicamente. Yo era una persona que intentaba no pensar demasiado en las cosas, dejaba que la vida fluyera, pero con Miguel no podía hacer eso. Porque, por suerte o por desgracia, yo siempre necesitaba respuestas para todo. Si no, no me sentía segura.

En algunos momentos se apoderaba de mí la rabia, esa que me hacía golpear algo y decir: ¡a la mierda! Solo fue un polvo de verano, deja de darle importancia, idiota. Para él, fuiste y eres sexo, nada más. Qué volver ni tres mierdas, se está riendo de ti en tu cara.

Pero otras...

Esas en las que los sentimientos que tenía por él se hacían cargo de mi ser y de la situación, la cosa era diferente. Me embargaba la tristeza. Habíamos estado poco tiempo juntos, sí. Y yo era gilipollas, también. Pero me había enamorado. Esa era la verdad.

No sé qué tenía ese hombre, aparte de un cuerpo de escándalo, una cara que parecía esculpida por un Dios griego, unas manos que te tocaban como...

Ejem... no vayas por ahí, Maca, me reocriminé a mí misma.

Pues eso, que no sabía qué tenía ese hombre para haberse adueñado de mi corazón tan rápidamente.

Yo no era una mujer enamoradiza. Me gustaban los hombres, claro. Pero solía tener sexo casual con ellos y ya está, una manera de desahogar mi cuerpo y mejorar mi cutis.

¿Relaciones serias? Había tenido pocas, casi ninguna se podía decir. Porque no me interesaban, porque no había conocido a uno que me hiciera decir: mereces la pena para algo más que para un polvo.

Y tampoco es que lo buscara, yo estaba contenta con mi vida. ¿Pero quién no quiere alguien con quien compartir momentos? ¿Risas, lágrimas, estupideces que pasen?

Quien diga que no, miente. Porque por más independientes que seamos y más que huyamos de las relaciones con posesividad, todos necesitamos a alguien que nos acompañe en este viaje.

Así que ahí estaba, en uno de esos momentos de novela rosa, leyendo y releiendo la nota que me había dejado en el chiringuito. Pensando que lo iba a esperar porque a lo mejor él se había enamorado de mí tanto como yo de él. ¿Sería eso posible?

¿A qué viene esto, Miguel?, resoplé y me pregunté mentalmente tras leerla otra vez.

El camarero apareció con el café, me lo dejó en la mesa, me sonrió y fue a marcharse cuando...

— Perdone, pero ¿quién le ha dejado esto? — pregunté antes de que se fuera.

— No lo sé — negó con la cabeza—. Mi compañero, al ver que se sentó en una de las mesas que yo atiendo, me dijo que le diera esto, que lo habían dejado esto aquí para usted — se encogió de hombros.

— Oh... — suspiré desanimada— Gracias de todas formas — le sonreí, estaba claro que el chico no sabía mucho más, así que no iba a ayudarme a aclarar nada.

Me tomé el café mientras mis pensamientos volvían a Miguel de nuevo. Joder, iba a acabar obsesionada con ese hombre. Tenía que hacer algo para pasar el tiempo que me quedaba de vacaciones, dándose el caso de que el no volviera, para no volverme loca.

Pero iba a volver, ¿no?

A saber, resoplé.

Me levanté, dejé el dinero del café en la mesa, cogí a mi perrita y me fui a pasear por la playa. Solo a pasear, a ver si era capaz de dejar la mente en blanco.

Una semana después, me encontraba en el mismo sitio, delante de ese mar, con mi perrita al lado jugando con la arena. Y yo ahí, mirando al infinito y a la nada, pensando en Miguel otra vez...

La semana había sido desesperante, enormemente larga. No había hecho nada

más que comer, ducharme y ahogarme en mis penas.

Cada día, por la mañana, bajaba a desayunar al mismo chiringuito. Y cada día, cada mañana, esperaba que Miguel apareciera. Eso no había sucedido. Así que, en esos momentos de desilusión, intentaba animarme con que ese quizás era el día en el que él volvía a dejarme una nota.

Pero cada vez que el camarero me dejaba solamente el café en la mesa, se me caía el mundo encima.

Y ya había pasado una semana.

Ni una nota, ni un mensaje, nada que pudiera hacerme saber que Miguel estaba cerca, que volvía. ¡Era más que desesperante!

Cada vez estaba más desilusionada y cada vez me sentía más fuerte. Contradictorio, ¿no creéis? Porque eso me hacía ser más cabezota de lo que era, de decir: no, él va a volver, él me ha dicho que va a volver y lo hará. Pero claro, una cosa eran mis deseos, otra muy distinta la realidad.

Miguel no volvía. Las esperanzas se iban apagando.

Cogí a mi perrita en brazos, le di la espalda a ese precioso mar y me marché. A hacer lo de todos los días durante esa última semana, a encerrarme en mi casa mientras recordaba los momentos que viví con “mi” entrenador y leía, una y otra vez, las notas de sus promesas.

Capítulo 12

Llegué a mi apartamento, me preparé el almuerzo, con un sándwich tenía de más, y me senté a comérmelo en mi sofá. Con Duna, porque la muy tunanta se había acostumbrado a comer de mi comida y no quería la suya ni regalada. Pero qué coño, era mi perrita. Como mi hija.

— ¿Quieres más, Duna? — pregunté enseñándole el sándwich. A lo que ella le hacía una fiesta — Es desesperante estar aquí — dije con la boca llena, casi no podía ni hablar, pero ella me entendía, se había convertido

en mi mayor confidente, de ella sí que podía tener claro que no iba a contar mis secretos—. Sí, sé que para ti también, pero te prometo que esto se va a acabar. No me mires así que es verdad, los días que nos quedan no vamos a parar en casa, te lo prometo, nos vamos a conocer toda la ciudad. Tienes ganas, ¿no? — la perra emitió un sonido que me hizo reír— Hija, se nota de quién eres porque eres tan vaga como yo. Pero hay que hacer ejercicio, aunque solo sea caminando para ir de shopping — volví a reír— En fin, que esto de esperar aquí, como alma en pena, tiene que acabarse. Pero hoy nos quedamos aquí que ya compré una botella de vino y tengo varias pelis en mente, ¿vale? — a lo que Duna contestó con un ladrido y yo me acomodé más en el sofá para que ella hiciera lo mismo.

Así pasaban mis días. Chiringuito y paseo por la playa por la mañana, casa por la tarde llorando a moco tendido con las películas de amor. Lo del shopping... como que no.

En fin...

Pues sí que me había dado fuerte el amor, desde luego, si un día me encontraba cara a cara con Cupido, le quitaría la flecha y se la metería por el culo. Maldita puntería tenía el enano con pañales. Pañales... Ahora entendía para qué, ¡si no hacía más que cagarla!

Sonó mi móvil y me puse nerviosa de repente. ¡¿Miguel?!

—Hola, Sonia — dije al coger la llamada y ver su nombre en la pantalla.

—Pero bueno, ¿dónde demonios te metes? No sabía si llamarte, pero es que ya me tenías preocupada.

—Anda ya, puedes llamarme cuando quieras. ¿Cómo estás?

—Yo bien, tía, con mucho trabajo, nada nuevo. ¿Pero y tú? ¿Qué es de ti?

Hace que no te veo...

—Lo sé, lo siento — me disculpé—. Es solo que no han sido buenos días...

— ¿Qué ocurrió?

—Nada — resoplé.

—Vamos, chica, sabes que nos conocemos desde hace muy poco, pero puedes confiar en mí.

—Lo sé...

— ¿Qué ocurre? No, espera, el entrenador, ¿verdad? — dijo con ¿lástima?

—Vaya, ¿tan evidente es? ¿O es que la gente sabe más que yo?

—No, es que es más que evidente, hija mía. Esa voz de tristeza solo la tiene alguien con penas de amor.

—Penas de amor... — repetí riendo— Es que soy gilipollas.

—No, no lo eres, solo estás enamorada.

—Será...

—Ahora cuéntame, ¿qué pasó?

Y eso hice, contarle el chisme completo con lujo de detalles, quizás su visión objetiva me ayudara a entender algo. Bueno, y que para eso están las amigas, ¿no? Una no tiene que preocuparse en omitir nada.

— ¿Y no sabes nada más de él? — preguntó cuando terminé de explicarle.

—Pues hasta ahora, nada.

—Es muy extraño todo. No sé, quizás tuvo que salir corriendo a arreglar unos asuntos, debe de ser eso.

—Sí, ¿pero ni una llamada?

—A ver, Maca, si no quisiera saber nada de ti, no te mandaría ninguna nota diciéndote que te espera o que lo esperes o lo que sea que escriba.

—Te esperaré todos los días. Te esperaré toda la vida... — repetí suspirando.

—Eso — rio—. A ver, que un poco idiota es, a nadie le cuesta hacer una pequeña llamada para explicar algo más, pero si tú, enamorada como estás del pivonazo, cosa normal... Lo quieres esperar, pues hazlo.

— ¿Pero? — pregunté al oír el tono en el que dijo la frase.

—Pero que sí lo haces, que sean sin dudas, Maca. Porque entonces, si las tienes, ¿qué confianza es esa? ¿Para qué esperar si no la tienes?

No contesté, eso me daba mucho que pensar. Ella tenía razón. Pero claro, no conocía del todo a ese hombre, ¿podría tener la confianza ciega en él y creer que volvería o me esperaría?

—Bueno, así que te has pasado estos días encerrada en casa — no me dio tiempo a contestar que siguió hablando—. Pues eso se acabó, hoy nos vamos ¡de fiesta!

—No — gemí.

—Oh, sí, que yo sepa no te he preguntado ni he pedido tu opinión, es un hecho. Déjalo todo en mi mano, yo hablo con las chicas. Después te mando un mensaje con la hora y el sitio, ¡hoy toca emborracharse!

—Sonia, no...

— ¡Hasta luego!

Me cortó la llamada antes de que pudiera negarme. Puse los ojos en blanco,

¿a emborracharse? ¿Con mis penas de amor? Íbamos bien...

El mensaje no tardó mucho en llegar, antes de dormirme la siesta, ya ella había planeado toda la noche. Al despertarme, me levanté y fui directamente a prepararme un café. Miré la caja de leche como cinco veces antes de echarla, porque joder, lo del caldo de pollo me había dejado traumatizada de por vida. Ya no tenía en casa, pero yo, con mis pajas mentales, era capaz de echarle de todo menos la leche.

Si es que no daba para más...

Terminé y me duché, pensando en qué ponerme para esa noche.

Y casi era la hora de irme y aún seguía indecisa. Así que al final elegí uno de mis vestidos de verano de tirantas, el estampado rojo y azul, unas sandalias de tacón, el pelo liso, un poco de maquillaje... ¡Y lista!

— ¡Hola! — gritaron todas al verme llegar.

—Chicas... Me alegra veros — las abracé una a una, eran súper simpáticas y cariñosas.

—Hija, pensamos que te habías marchado, no sabíamos nada de ti — me dijo Tami.

—No, solo que fueron unos días... — comencé.

—Estuvo liada, si ni conmigo habló — me cortó Sonia y me guiñó el ojo.

—Ah — sonreí— Pero bueno, ya estoy aquí, hay que aprovechar los días que me quedan.

— ¡Fiesta! — gritaron todas al corrillo. Esas estaban ya bebidas, seguro.

Y yo no tardé mucho en estarlo. Después de la cena en la cual las botellas de vino volaron, llegó el momento de los cubatas, gin tonics, mojitos... Joder,

qué mareada estaba.

—La echo de menos — dije arrastrando las palabras.

—Será que lo echas de menos — me corrigió Sonia.

Estábamos las dos en la barra, pidiendo otra copa mientras las demás no dejaban de bailar.

—No, es hembra, se lo vi bien.

— ¿Quién es hembra? — preguntó ella con el ceño fruncido.

—Duna — dije con voz de: hija, es obvio, de quién más iba a hablar — ¡Mi perrita! — grité cuando vi que no lo entendía.

—Ah... Coño, yo qué sé, si me hablabas del macizorro hace unos segundos.

—No quiero hablar de él — dije enfurruñada.

—Vale, pues no hablemos — Sonia se encogió de hombros — Salgamos a fumar — dijo cuando teníamos las copas en las manos.

Se agradecía el aire “frío” de la noche, por llamarlo de alguna manera. Hacía demasiado calor dentro de la discoteca.

—Me quiero ir ya, tengo ganas de abrazarla.

—Es una perra.

—No es solo una perra — la miré malamente.

—Joder, no lo dije así. Me refiero a que estará bien, no te preocupes — intentó arreglarlo.

—Pero yo la echo de menos — le di un sorbo a mi bebida, puse cara de pena y me limpié las lágrimas que se me habían formado en los ojos.

—Maca, estás fatal — rio mi amiga.

—Es que es un amor, ¿sabes? Con esos ojitos, esa colita que mueve cuando hace alguna trastada y cómo se queda mirándome cuando le hablo de... de... — hice un gesto con la mano, no quería nombrarlo.

—Miguel — dijo ella como si nada.

— ¿Por qué me lo recuerdas? — la miré con cara de mala hostia.

— ¿Yo? Pero si has sido tú.

—Mmmmm... Mala amiga...

—Qué mal te sienta beber — rio.

—Porque me falta Duna, ella me cuidaría.

—Vaya, gracias — seguía riendo.

—Tú eres una mala influencia, no hay nadie como... ¡mi perrita! — grité como una loca.

— ¿Pero adónde vas, pedazo de loca? — la escuché a lo lejos.

Yo ya había salido corriendo. ¿Qué hacía mi perra allí? Ay, Dios. ¿Cómo se había escapado de casa?

Corrí tras ella, pero con los tacones era imposible, así que acabé por pararme, quitármelos e intentar alcanzarla.

Escuchaba a Sonia gritar por detrás, algo así como “me cago en tu puñetera madre, ¿pero qué haces, loca? ¡Párate!”. Pero a mí me daba igual, tenía que alcanzar a mi perra.

Joder, ¡que se me podía perder de nuevo! Ella también se iría y yo no podría soportarlo.

Y ¡por fin la alcancé! Y me quedé quieta. ¡No era Duna!

—No es ella — dije con cara de inocente cuando Sonia llegó a mi lado.

—Eso lo imaginé — dijo con cara y voz de querer matarme.

—La echo de menos — iba a llorar otra vez. Joder con los sentimientos, ¿quién los inventó? — Me quiero ir con ella — hipé.

—Anda, tira.

Jaló de mi mano y fuimos en busca de un taxi, íbamos a casa, allí, con Duna, me sentía más segura. Aunque solo fuera, para desahogarme con ella. Porque Miguel, ni borracha, se me iba de la mente...

Capítulo 13

Los siguientes días no bebí, lo prometo. Duna es mi perrita y estoy segura de que, si me viera beber, me tiraría la copa al suelo. Porque la pobre, con la que le di la noche de la borrachera... No paré de besarla y abrazarla nada más que llegué a casa. Hasta ella había entendido que estaba borracha. Así que tenía que comportarme como la adulta que era, el alcohol no me ayudaba a olvidar, eso que dicen es mentira. A mí me ponía peor, ya la época de desfase la dejaría atrás.

Lo que no dejaba atrás era la tristeza, echaba de menos a Miguel y seguía con mi rutina de aparecer temprano todos los días en la playa.

Pero él seguía sin aparecer...

Cada vez me frustraba más, tenía las palabras de Sonia metidas en mi cabeza: Si confías, no dudas. Pero eso no era tan simple, las dudas son algo normal, es inevitable tenerlas cuando el miedo y la frustración de apoderan de uno mismo.

Esa mañana fue como otra cualquiera, él no apareció. Y yo me quedé en la playa, con sus notas en mi bolso, observando el mar. Se me hizo más tarde de lo habitual, también porque inconscientemente no quería volver a casa, allí se me venía todo encima y era peor sobrellevar el echarlo de menos.

Me di una vuelta por la ciudad y tiré de la tarjeta de crédito, me apetecía darme unos caprichos.

Comí algo de comida rápida y volví a la playa. Quizás podía tomarme un café allí, pasar la tarde leyendo el libro que me había comprado y ver anochecer.

Lo que fuera, pero sentir el aire en mi cara. Sentirme libre y no encerrada entre cuatro paredes.

Estaba tomando tranquilamente mi café y con mi libro empezado, me había leído la sinopsis solo, pero eso es empezarlo, cuando tuve una sensación extraña. Miré al frente y ahí estaba. ¿Una alucinación?

Pestañeé, por si acaso, pero era real.

Miguel...

Quise gritar de alegría, quise levantarme y correr a abrazarlo, quise acercarme a él y darle dos hostias también, pero mi cuerpo no respondía. Solo podía mirarlo. ¡Dios, qué guapo estaba! Cansado, ojeroso, pero guapísimo.

Y mirándome...

¿Por qué no se levantaba de su silla? ¿Por qué solo me miraba?

Me quedé un momento así, solo contemplándolo, hasta que respiré hondo y conseguí levantarme y acercarme a él.

—Te he esperado todos los días — dije con tristeza, sin saber por qué actuaba así teniéndome cerca. Ni un amago por acercarse él a mí cuando me había pedido que lo esperara. No entendía nada.

—Lo sé — dijo emocionado.

Fue en ese momento cuando levantó la mirada y me miró.

—Estás preciosa.

— ¿Dónde estuviste, Miguel? — me salió con rabia, aunque quise evitarlo.

—Hola — se agachó y saludó a Duna—. Tu dueña te cuida bien, ¿eh? Le encanta pasear contigo en brazos.

— ¿Cómo sabes eso? — pregunté sin entender.

—Os he visto todos los días — me miró a los ojos y volvió a acariciar a Duna.

— ¿Dónde estuviste, Miguel? — volví a preguntar, esta vez con más rabia. Había estado cerca y sin decírmelo. ¡Idiota!

— ¿Un café? — me preguntó sabiendo que de esta no se libraba.

Me señaló la silla de enfrente y me senté.

— ¿Me echaste de menos? — preguntó dulcemente.

—Eres un gilipollas...

—Sí, eso lo sé bien — resopló—. Pero te eché malditamente de menos.

—Nadie lo diría...

—No seas injusta, Maca, no sabes nada.

—No, porque no me cuentas nada.

—Maca...

—Me dejas una nota diciéndome que me esperarás, pidiéndome que te espere en otra, pero sin explicaciones. ¿Qué quieres que piense?

—Lo peor, seguro, pero no sabía cómo hacerlo — se pasó las manos por el pelo, desesperado— Te he echado de menos, pero tenía cosas que arreglar.

— ¿Qué era tan importante para que desaparecieras así?

—Mi hija...

Me quedé en shock. ¿Pero qué...?

—O, mejor dicho, saber si es que tengo una hija.

—No entiendo...

—Solicité las pruebas de ADN. Tengo que saber si es mía o no.

— ¿Y no podías decirme eso?

—No soy perfecto, Maca, hago las cosas como mejor sé. No tenía derecho a pedirte que me esperaras, pero intenté dejarte claro que yo iba a volver. Las cosas se complicaron, temas legales, pero lo hice.

— ¿Y...?

Me entregó un sobre y me instó a leerlo.

—No eres el padre — levanté la mirada hacia sus ojos cuando lo leí.

—No, no lo soy — llamó al camarero y pedimos dos cafés—. Siempre supe que no lo era, pero a veces te creas dudas, ella lo afirmaba con tanta seguridad... Y la niña lo estaba pasando mal creyendo que su padre no la quería.

—Miguel... — acaricié su mano por encima de la mesa, entendiendo lo duro que había sido para él, me agarró mi mano y siguió, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Así que, no sé por qué en este momento y no antes, supe que tenía que saber la verdad. Si era mi hija, merecía tenerme cerca, tenía que darle todo, pero nunca me perdonaría el tiempo que no estuve con ella.

—No tienes que culparte por nada.

—Pero si hubiera sido el padre, la culpa es inevitable, Maca — asentí, lo entendía—. Así que decidí mover todo de una vez por todas.

—Podías habérmelo dicho, no te iba a juzgar.

—Lo sé, pero no quise hacerlo. Tenía que saberlo, tenía que actuar y tenía

que hacerlo solo. Pero necesitaba que supieras que pensaba en ti.

—Yo necesitaba más que una nota...

—Lo sé, necesitas todo.

No respondí, ¿se había dado cuenta de mis sentimientos por él?

—He sido un gilipollas, lo he hecho todo mal, pero pensé que era mejor así. Ojalá no me digas que es tarde... — me dijo en un ruego.

— ¿Tarde para qué?

—Que dejaste de esperarme...

—Te eché de menos, Miguel — me dio un apretón en la mano y una sonrisa de agradecimiento. Me la soltó cuando nos pusieron los cafés en la mesa y suspiró.

—Hemos perdido mucho tiempo, todos los días tenía miedo de que no vinieras aquí y de no poder verte. Sabía que lo había hecho mal, pero...

—No pensemos ahora en eso. Ahora estás aquí.

—Ahora quiero estar aquí. Déjame conocerte bien, Maca, déjame estar cerca de ti.

¿Qué iba a decirle? No pude hablar, solo sonreírle.

Nos tomamos el café, intentando llegar los dos al punto donde lo dejamos. No fue difícil, conseguimos que la tensión se fuera y volvimos a sentirnos a gusto uno con el otro.

— ¿Cenamos juntos esta noche? — me preguntó— No quiero separarme de ti.

—Está bien. Pero sin vino — reí, acordándome de la que lío cada vez que

bebo.

—Bueno, el vino no es malo. Dicen que una copa de vino tinto es como una hora en el gimnasio — dijo muy serio.

— ¿En serio tú me estás diciendo eso? — lo miré, incrédula— Porque te aseguro que me pongo a beber, todo con tal de no mover este cuerpo — dije en plan gracioso.

—Floja — rio a carcajadas.

A partir de ahí ya éramos los mismos de siempre. Aún quedaba mucho por hablar, pero lo importante nos lo habíamos dicho y había tiempo para todo. En ese momento, solo nos necesitábamos a nosotros.

Cenamos en un restaurante a pie de playa, no muy lejos de donde siempre y no eran aún ni las doce de la noche cuando me acompañó a casa.

—Te veo mañana — me dio un beso en la mejilla e iba a marcharse.

— ¿Eso es todo? — lo paré.

— ¿Qué más quieres, Maca? — me preguntó, acercándose a mí, con su boca muy cerca de la mía.

—A ti — le dije y pasé mi lengua por mis labios.

Gimió y su lengua siguió el recorrido de la mía, en ese momento, la que gemía era yo.

—Todo a su tiempo.

Me dio un beso en los labios y se fue, dejándome allí, excitada, con ganas de él y sabiendo que tendría que desahogarme sola.

—Bueno, Duna — dije mientras abría la puerta—, creo que esta noche me toca consolador.

Mi perra ladró en protesta, como diciendo: ¡¿para qué me cuentas esas cosas?! Me reí y entré en casa. Ya no solo soñaba con que volviera al día siguiente, si no también con que me besara. Necesitaba sentirlo, ¡y ya!

Pero tres días después estaba por matarlo. Miguel era un romántico, me encantaba estar con él. Mensajes, todo el día juntos, abrazos, cariño, pero... ¿Solo picos? Me iba a dar algo, ¡quería sexo! Y él parecía no estar por la labor.

No paraba de rehuirme: que si ten calma, que si tiene que ser especial, que si yo quiero mucho más de ti.

A este paso iba a tener telarañas ahí abajo y no exagero.

Así que me desperté un día diciendo: ¡Basta! Hoy me follas sí o sí.

Lo sé, soy muy bruta yo...

Pero iba a desplegar toda la artillería pesada.

Esa noche lo invité a comer en mi casa y sí, bebí vino, necesitaba desinhibirme y sacar todas mis armas de mujer, pero el capullo tenía un autocontrol de padre y señor mío, y a mí solo me faltaba ponerle las tetas en la cara o decirle claramente que quería sexo con un rótulo fluorescente.

Frustrada, me senté con mi postre en el sofá.

Me lo comí refunfuñando, lo dejé en la mesita cuando acabé y me serví otra copa de vino.

— ¿Estás bien? — me preguntó.

—No —dije seria.

— ¿Qué pasa? — se acomodó para mirarme mejor.

— ¿Quieres saber qué pasa? —seguía enfadada, cada vez más.

—Claro...

—Pasa que todo este colegeo está muy bien, Miguel, de verdad. ¿Pero cómo tengo que pedirte que me folles?

Me miró con la boca abierta. Vale, sí, no soy muy sutil, pero es que me iba a dar algo ya.

— ¿Eso es lo que quieres? ¿Que te folle?

—No estaría mal —dije ya, esta vez, más contrita.

—Pensé que no solo era sexo.

—Y no lo es, no hay promesas ni nada serio, supongo, pero el sexo...
Joder, Miguel, ¿te voy a tener que rogar?

Empezó a descojonarse, literalmente, casi se cae del sofá del ataque de risa que tenía. Yo estaba roja como un tomate, pero me daba igual, quería lo que quería.

—Ven aquí —dijo cuando volvió a sentarse y se le pasó el ataque de risa. Me abrazó y me acomodó en su pecho tras quitarme la copa de vino de las manos y ponerla en la mesa.

— ¿Y bien? —pregunté un rato después, capaz y se me quedaba dormido.

—Nada, me gusta estar así.

—A mí también y me gusta que te guste, pero más me gustaría tenerte dentro de mí —dije resoplando.

Noté cómo su pecho se movía, se estaba partiendo de la risa de nuevo.

—No eres la única que tiene ganas —dijo al fin.

—Pues no se nota...

Me movió, haciendo que me sentara a su lado y cogió mi cara con sus manos.

—Si crees que no te deseo, estás muy equivocada. Pero... —suspiró y me miró a los ojos, yo un poco más y me lo como con la mirada— No me mires así —gimió.

— ¿Así como?

—Como si quisieras comerme —gimió otra vez.

—Pues comerte yo... no sé, ahora, que me comas tú... Dios, me mojo de pensarlo —me mordí el labio, había sonado como una buscona, pero qué me importaba.

No se rio, me miró fijamente. Sus ojos volaron de los míos a mis labios, mirando cómo mordía el mío.

—A la mierda —dijo antes de abalanzarse sobre mí y devorar mi boca.

—Oh, sí —gemí entre sus labios.

Estaba tan desesperado como yo, ¡menos mal! Nos desnudamos desesperados, tenía que sentirlo. Sus manos en mis pechos, apretándolos, bajando por mi cuerpo hasta que sus dedos encontraron donde más lo necesitaba.

—Joder, pues sí que tenías ganas —dijo cuando metió un dedo dentro de mí y vio lo mojada que estaba.

—Me voy a morir como no me la metas ya —me quejé.

— ¿Así, sin anestesia? —rio.

—Como si lo necesitara — me quejé.

Empezó a jugar con sus manos en mi sexo, su boca en mis pechos y ya iba a explotar en segundos.

—Miguel, por favor, en otro momento jugamos, ¿sí? Ahora no —le pedí desesperada.

— ¿Qué quieres?

—A ti, dentro —le dije como si fuera idiota.

— ¿Qué quieres? —volvió a preguntar, esta vez no sobre mis pechos, si no mirándome a la cara.

¿Pero este idiota qué esperaba que le dijera? ¿No lo tenía claro aún?

—Miguel... —protesté.

—Dímelo. ¿Qué quieres? —insistió, yo estaba a punto de golpearlo, ¡no era momento para juegos! ¿Qué demonios quería que le dijera?

—Fóllame —dije desesperada. Si con eso ya no me entendía... Apaga y vámonos.

—Cómo te ha costado decirlo —dijo riendo.

Risas que se apagaron cuando entró en mí. Eché la cabeza para atrás, ¡por fin! Me besó todo el tiempo, que tampoco fue mucho porque no duré nada, estaba deseosa de él. Y a él pareció pasarle lo mismo, así que...

—Un buen polvo exprés —dije entrecortadamente cuando llegamos ambos al orgasmo.

—Por esto no quería —suspiró contra mi cuello, agotado.

— ¿No querías?

—No —levantó la cara de mi cuello y me miró—. Te quiero con tiempo, no algo rápido.

—Bueno, campeón, tienes toda la noche —le di un cachete en el culo y sonreí.

Se rio y me besó. Y fue como dije, tenía toda la noche...

Capítulo 14

Sí, había sido la noche más excitante de mi vida, sin duda, la noche más orgásmica...

- Buenos días, princesa – dijo abrazándome mientras besaba mi frente.
- Buenos días, mi pollatrón – respondí aquejándome y bromeando.
- ¿¿¿Qué me has dicho???

- Mi entrenador... — me hice la asombrada.
- No, eso no dijiste — acariciaba mi pelo, jugaba con él, respiraba cerca de mi oreja, a mí eso me ponía a cien, encima hablando en flojito ¡me lo quería volver a tirar!
- Qué más da... — me puse más pegadita aún a él, en plan mimosa.

No podía dejar de mirar esos ojos, eran puro fuego. El deseo se respiraba en el aire y yo... mejor ni deciros, moría de amor por ese hombre, pero eso mejor guardármelo.

Respiré hondo para no perder la paciencia y pedirle que me follara sin más. Se tomó su tiempo para descubrir todo mi cuerpo mientras sus dedos acariciaban cada una de las partes que iba dejando libres.

— Me encanta tocarte —dijo mientras lo hacía.

— A mí también —le respondí con la clara intención de hacer lo mismo que él, pero no me dejó.

Se agachó para quitarme las braguitas y, mientras subía, seguía rozando mi cuerpo. Yo cada vez respiraba más pesadamente.

Cuando estuvo de pie, de nuevo, delante de mí, se echó para atrás. Estiré la mano, pero negó con la cabeza y la bajé. Comenzó a quitarse la ropa, sus ojos no abandonaban los míos. Era el momento más erótico de mi vida. Allí de pie, desnuda ante él, y él... dejando su cuerpo como el mío.

Permanecimos un rato mirándonos hasta que se acercó a mí.

—No puedes imaginar... —empezó y se calló.

— ¿Qué? —pregunté intrigada.

—Nada —negó con la cabeza—, simplemente cómo te veo. Eres preciosa —dijo emocionado.

Acerqué mis labios a los suyos y lo besé con dulzura, no podía ser de otra forma. Sabía que se iban a notar mis sentimientos más de la cuenta, pero ¿qué importaba? Solo importaba él, en ese momento, allí, conmigo.

Nuestros besos no tenían fin, nuestros cuerpos pegados y nuestras manos tocando cada rincón de ellos. Me dejó caer en la cama y se colocó encima.

— Maca, yo... — se le quebró la voz, no entendía qué estaba sintiendo él en ese momento y tampoco quería saberlo, no quería pensar.

Le puse un dedo en los labios y negué con la cabeza.

—No es momento. Solo hazme el amor.

Su boca fue de nuevo a la mía, sus besos dulces, su lengua saboreando cada rincón de mi boca. Cuatro manos acariciando nuestros cuerpos, sintiendo al otro, era lo único que queríamos en ese momento.

—Me encanta sentirte... —le dije.

No podía dejar de tocarlo y de besarlo. Su miembro rozaba mi clítoris y me estaba llevando al cielo.

—No voy a durar si sigues así —me quejé.

—No te aguantes.

Y no lo hice, su roce era demasiado para mí. Temblé con el orgasmo y aprovechó el momento para entrar en mí.

—Oh, Dios, me encantas —dijo una vez dentro.

No pude decirle que me pasaba lo mismo con él. No podía hablar. Era todo muy intenso y estaba recuperándome de un orgasmo para acabar en otro.

—No más de lo que a mí me gusta sentirte a ti —dijo para después besarme un poco más fuerte, pero su cuerpo seguía igual, con embestidas lentas, entrando, saliendo...

Dejó mi boca para bajar a mis pechos. Los lamió con calma y siguió haciéndome suya tan lento, que era una verdadera tortura.

— Quiero acabar contigo —me dijo.

— ¿Qué? —no lo había entendido.

— Quiero correrme cuando lo hagas.

Menos mal que el pobre ya entendía que a mí las sutilezas, poco...

Moví mis caderas, acompasándome a su ritmo. Notaba que iba a acabar pronto, así que bajé mis manos y agarré su culo, apretando para que entrara

más adentro. Clavándole las uñas cuando llegué al límite. Y lo hice llegar a él.

Se tensó hasta que su cuerpo cayó sobre el mío.

—Oh, Dios —suspiré, en el cielo.

—Dios, no, yo —dijo entre risas.

Y no pude más que reírme con él.

Una noche loca y un amanecer de lo más romántico, desde luego que cualquiera nos entendía, no nos entendíamos ni nosotros...

- Me tengo que ir, luego nos vemos a las 4 en la playa – dijo mientras me besaba para luego vestirse.
- No quiero que te vayas – protesté.
- Sabes que tengo que trabajar, el tiempo de entreno me lo he perdido...
- Vaya, pero lo que has hecho en la cama conmigo, se puede considerar entrenamiento – le hice una mueca.
- Es verdad... — me guiñó el ojo.

Poco después, vino a darme un beso para despedirse y se fue, yo me quedé abrazada a Duna, ella llenaba mucho de mi vida.

Me vestí y me fui a desayunar a la playa, eran las nueve y poco de la mañana, yo ya no tenía sueño, así que bajé a mi Duna para que hiciera sus necesidades y me la llevé conmigo a desayunar, vamos lo que hacía habitualmente, no la dejaba ni a sol ni sombra.

Capítulo 15

Cinco minutos para las cuatro y nosotras ya en la playa esperando al entrenador más sexy del mundo. Duna no paraba de jugar con una pelotita que yo le había comprado, en ese momento lo vi aparecer, para que, decir que

era un ángel... ¡se quedaba corto!

- Hijo, traes cara de funerario...
- Ya, tengo que hablar contigo – se sentó a mi lado, a mí me había entrado un bajón de escuchar su tono de voz.
- ¿Qué pasa?
- Me tengo que ir mañana, este grupo al que entreno se tienen que marchar para el retén a prepararse más fuertemente, me han pedido que me encargue de esas maniobras – dijo tristemente.
- ¿Cuánto tiempo te tienes que ir? – pregunté asustada por si eran muchos días.
- Maca, todo el tiempo que me queda con ellos, hasta el 1 de octubre que cojo las vacaciones – dijo casi sin voz.
- ¿No te voy a ver más? – comencé a ponerme nerviosa.
- Lo siento...
- ¿Lo sientes? ¡Maldita sea! ¿lo sientes? Me quedan tres semanas aquí y no voy a poder estar contigo ¡esto es muy fuerte!
- ¿Crees que para mí no es un mazazo?
- Pero... ¿No has podido negarte?
- Es mi trabajo, es lo que me da de comer, una oportunidad que siempre soñé bien es cierto que rara vez, me sacan con ellos a prepararlos en maniobras, pero esta vez me tocó, lo tengo por contrato, no, no pude negarme y créeme si te digo, que se me partió el alma desde que me lo comunicaron...

- Me estoy volviendo loca ¡a la mierda todo! – di un manotazo que tiré el vaso de agua encima de Dana...
- Tranquilízate – dijo poniendo su mano en mi rodilla.
- ¿Qué me tranquilice? ¿En serio? ¡Esto es increíble!
- No me lo pongas más difícil, por favor...
- ¿¿¿Y yo qué???
- Ahora mismo tengo la cabeza que me va a explotar, si no me ayudas, no vamos a llegar a nada.
- ¿A dónde quieres llegar? ¡Me voy en unos días! Y tú... tú, te vas mañana ¡Esto es de locos!
- Cuando vuelva te escribiré...
- ¿Y ya?
- ¡Sí! Me estas culpando de algo que no hice malo, solo es trabajo, ese que no puedo fallar, ese al que tengo que acudir ¡Maldita sea!
- Paso, no puedo seguir con esto, me voy, no quiero escuchar más nada...

Me levanté, acto seguido lo hizo Duna, indudablemente me iba a seguir al fin del mundo, me fui como alma que lleva el diablo, llorando, con impotencia, con un dolor que me desgarraba el alma.

Encendí la Tablet y lo tenía claro, me volvía a mi isla, esa de la que no debí haber salido, esa de la que me fui llena de ilusiones y a la que volvería rota por el dolor.

Había un vuelo para el día siguiente, sin dudas, lo compré, incluyendo a Dana por supuesto, en el fondo soñaba que sonaría el telefonillo y sería Miguel diciéndome que no se iría a ningún sitio sin mí, pero mojón para la mua, me iba a quedar con todas las ganas.

Me pasé toda la tarde armando las maletas, llorando, abrazando a Dana que no se separaba de mí en ningún momento, llamé a la empresa de alquiler de coche para advertir que lo entregaría al día siguiente en el aeropuerto.

No sé a qué hora me quedé dormida, pero me costó mucho coger el sueño, las imágenes, sus palabras, las ilusiones rotas, todo me tenían derrumbada.

El vuelo salía a las dos de la tarde, así que al despertar cogí a Dana y bajé a desayunar al mismo chiringuito, a despedirme de ese lugar que me presento y arrebató al amor de mi vida, en ese que pasé momentos increíbles y tristes a la vez, en ese que se quedaría un pedacito de mí.

Esta vez me senté en las mesas más pegada a la barra, no en la hamaca.

- Buenos días, un café, por favor.
- Perfecto – metió la mano en un bolsillo – esto lo dejó para usted Miguel, esta mañana antes de partir al Retén – lo dejó sobre la mesa.

No, ya se había ido, ya todo había acabado ¿Qué querría decirme ahora?

Abrí temblorosa el sobre, no era capaz de mirar la tarjeta, me daba miedo a descubrir que contenía, que me comunicaba, que...

“Te recordaré todos los días de mi vida. Te amaré hasta cuando pierda la memoria. Gracias por enseñarme que se puede desear con toda el

alma”

¡Sus muelas todas! me suelta eso y se queda tan pancho ¿Cómo podía decirme eso? Ahora sí, ahora volvía a mi isla con el corazón por los suelos...

Capítulo 16

El vuelo lo pasé nerviosa, mi Dana iba en bodega y yo... ¡estaba muy preocupada! Así que cuando aterrizamos y me la dieron, nos fundimos en un abrazo como dos amigas que hacen años que no se ven.

A la salida nos esperaba mi hermana, con los gemelos, mis preciosos sobrino y sobrina, que pasaron de mi culo y se fueron para Dana.

Daniela tras el abrazo me soltó a lo bruto.

- Hoy me lo cuentas todo, esta repentina vuelta seguro que tiene algo detrás...
- Sí, pero ahora no me apetece hablar sobre ello – rompí a llorar.
- No llores, sea lo que sea yo te voy a apoyar.
- Me han partido el corazón – apenas me salía la voz.

Mi hermana me abrazó con todo el cariño del mundo, una de sus manos fue a su frente.

- Se lo dije a mi marido, te llevo notando extraña mucho tiempo, unos cambios en la tonalidad de la voz que solo podía deberse a algo relacionado con el amor, espero que no te hayan hecho mucho daño.
- Ya te contaré, todo fue muy rápido, conocer al amor de mi vida y que me lo arrebataran tan cruelmente – volví a sollozar...
- ¿¿¿Murió???
- ¡¡¡No!!! Se marchó...

- ¿A dónde?
- Ya te contaré, es muy largo... — dije metiéndome en el coche.

Los niños iban flipando con la perra, que los miraba moviendo el rabo, estaba feliz de conocerlos.

Llegamos a mi casa, mis padres me estaban esperando con una gran comilona a pesar de que solo eran las seis de la tarde, yo estaba de los nervios, sabía que me iban a interrogar, pero conseguí hacer creer que era porque me sentía sola y los echaba de menos.

Me metí a descansar en mi habitación con Duna, que, por cierto, había sido recibida con mucho cariño y aceptación, bien es cierto que ya me había dado tiempo a prepararlos sobre ella desde el momento que la acogí.

Me levanté a las seis de la mañana, me había quedado dormida muy temprano, así que me preparé un café y salí al jardín con Duna, tenía una sensación muy rara, como si viera en una pantalla todo lo que me había pasado en mis vacaciones en Cádiz, como si eso ya no formara parte de mi vida, me daba tristeza, no el dolor del día anterior, era diferente, intenso, pero muy diferente, era más pena que rabia, pena porque había sido a la persona que más había amado en mi vida, sin dudas, él me había enseñado lo que significaba la palabra amor.

Ese día lo pasé en la piscina de mi casa, tomando el sol, leyendo, sin poderlo sacar de mi cabeza, pero me había propuesto que a partir del día siguiente volvería a coger mi rutina.

Mi amiga Nora me llamó, acababa de volver de estar un tiempo en Londres, en prácticas, habíamos estado en contacto, sabía que había conocido a un chico, pero poco más.

- Me tienes que contar el por qué volviste antes ¡estoy intrigada!
- Te prometo que mañana te lo cuento todo – dije a regañadientes.
- ¡Más te vale! Te recojo mañana por la mañana en tu casa y nos vamos a nuestra calita a tomar cervezas y disfrutar de un día de playa.
- ¡Genial! Mañana te veo petarda... ¡Te quiero!
- Yo también...

Capítulo 17

El timbre sonó, terminé de beber el café y salí a dar el encuentro a Nora, mi perrita se quedó mirándome con cara de pena, sabía que se quedaba ese día allí.

- Hola cacho perra – nos fundimos en un fuerte abrazo.
- Nora, estás preciosa – la miré de arriba abajo, le había sentado muy bien Londres y para lo pija que era, traía un estilo muy chic, la hacía muy divertida, aunque ella lo era.
- Tu sí que estás preciosa, pero déjame decirte que tienes la mirada como un alma en pena.
- Demasiado bien estoy para todo lo que he tenido que digerir.
- ¡Larga ya! — dijo mientras arrancaba para poner rumbo a la cala.

La puse al día de todo, con pelos y detalles, flipó, pero también me dejó bien claro que él había tenido que hacerlo, que lo comprendía y que, aunque para mí sería difícil aceptarlo, al final lo terminaría comprendiendo.

Llegamos a nuestro chiringuito favorito, allí nos recibió Carmina, una chica que llevaba dos años trabajando allí y que nos había cogido mucho cariño, estuvimos charlando con ella, intenté disimular y contar lo idílico que había sido mi viaje, pero que me vine porque ya me aburrí, algo me decía que no me había creído, pero no tenía ganas de volver a derrumbarme contando todo de nuevo.

- Por cierto, os presento a Tony, es el nuevo encargado del chiringuito – dijo señalando a un pedazo de bombón, de media melena ondulada rubia y moreno de piel, con una pinta de surfero increíble.
- Hola, dijimos las dos de forma sincronizada, levantando la mano, con cara de gilipollas

¡Vaya bombonazo! Y por la mirada de Nora, sabía que pensaba lo mismo que yo, él nos sonrió con una dentadura tan perfectamente blanca que hizo que nos derritiéramos, por unos momentos me olvidé de Miguel, aunque por poco, rápidamente volvió a mi cabeza y mi rostro volvió a cambiar a semblante serio.

Nos pusimos a beber cervezas, charlábamos con Carmina, nos buscaba la lengua recepto a lo de Tony, a mi amiga Nora, no se le quitaba la cara de gilipollas, pero él, se notaba que también se sintió atraído por ella, no dejaba de mirarla, yo estaba al loro de todo, en mi mundo, pero al loro.

Ni dos horas y ya teníamos un pedo increíble, Nora estaba totalmente desinhibida, ya llamaba a Tony “el caramelito”, pero no a mí o a Carmina, a él directamente, cosa que a él se le notaba que se le caía la baba, tenía claro que estos dos se iban a liar, si no hoy, otro día, pero lo harían, se notaba una tensión entre ellos que traspasaba toda la cala.

En ese momento comenzó a sonar la canción de “La gozadera”, la niña se levantó y comenzó a bailar en medio del chiringuito, Tony no dejaba de sonreír, la miraba sin perder ni un solo movimiento, ahí me entraba la risa, estaba viendo la película en primera fila, pero mi amiga estaba desatada.

***La cosa esta bien dura, la cosa esta divina
Perú con Honduras, Chile con Argentina
Panamá trae la zandunga, Ecuador Bilirrubina
Y Uruguay con Paraguay, hermano con Costa Rica
Bolivia viene llegando, Brasil ya está en camino
El mundo se está sumando, a la fiesta de los latinos
Y se formó la gozadera, Miami me lo confirmo***

***Y el arroz con habichuela, Puerto Rico me lo regaló
Y la...***

Yo la miraba llorando de la risa, Carmina me hacía señas como diciendo que ya Nora estaba más para allá que para acá, eso sin antes de dar el último trago, asegurarse que ya le estaban sirviendo otra.

Entré a whatsapp, no tenía nada, pero me pareció que Miguel había cambiado su foto de perfil, al abrirla mi corazón dio un vuelco, una foto de él y mía en La Barrosa, frente al mar, un selfie que nos tiramos un atardecer, las lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas...

¿Por qué tenía esa foto puesta? ¿Era un mensaje? Estaba claro que se acordaba de mí, si no, no tenía sentido que pusiera esa foto...

Agarré una piña colada que me habían traído y me fui a la duna que estaba pegada al bar, me senté allí a mirar al mar, mis dedos querían ponerle un mensaje, no me atrevía, pero lo necesitaba.

Me quedé un rato mirando su privado, de repente lo vi ON LINE, cosa que me hizo dar un sobresalto, para mi sorpresa y remate vi que estaba escribiéndome, comencé a llorar, esperaba que me lo mandase ya, quería leerlo, pero se puso a escribir, paraba, escribía, paraba, así unos veinte minutos, hasta que me di cuenta de que no era capaz de hacerlo, que algo se lo impedía.

Un rato después vino Nora, estaba con un pedo increíble, pero se le cambio la cara al ver la mía que estaba sollozando y le enseñé la foto de su WhatsApp.

- ¡Escríbele ya! – dijo casi cayéndose de boca para sentarse a mi lado.
- ¡No, ni loca!
- ¡Qué sí, coño! Dijo levantado el brazo y bajándolo, intentando imponer con esa borrachera que llevaba.
- Nora, ve a bailar anda, creo que te vendrá mejor.
- ¿Me estás echando?

- Qué dices ¡loca!
- ¿Me has llamado loca? ¿A mí? ¿A tu amiga del alma? – preguntaba señalando con su dedo a su pecho en plan indignada total.
- Va, vamos las dos para allá, todo lo vas a malinterpretar...
- ¿Me estas llamando problemática? ¿A mí? Eso me ha dolido en el alma – dijo intentando continuamente levantarse, a lo que intenté ayudarla y se apartó enfadada.
- Mira Nora, haz lo que quiera, quédate aquí, vete allí, pero no me montes un pollo que no estás en facultades de hacerlo – dije enfadada.
- Mira Maca de los cojones, a mí no me vengas a decir donde tengo que ir, que para eso soy mayor de edad, por si se te había olvidado – dijo haciendo un gesto con sus dedos como para que lo pillara.
- Te he dicho que hagas lo que quieras, no te mandé a nada, va, invítame a otra Caipiriña – dije intentando cambiar el tema.
- No, no, no, a mí no me vengas ahora en plan mojigata, puedes pedirte todos los que quiera que yo te invito, yo, tu amiga del alma, esa que nunca te va a follar...
- Eso lo tengo claro – solté una carcajada
- ¡Que no, coño! Que quise decir fallar – decía intentando por infinidad de veces levantarse.
- Venga vamos – le tendí la mano para ayudarla, obvio que con su borrachera por mucho más que lo intentara, no lo iba a conseguir.
- Mira – agarró mi mano – voy a aceptar tu ayuda para levantarme porque la arena está muy blanda y tengo un problema con la rodilla –

dijo chulescamente.

La solté, del ataque de risa la solté y lo peor de todo que fue con tanta fuerza que salió rodando para el otro lado de la duna, tuve que asomarme bien para verla desde arriba, yo seguía llorando de la risa, menos mal que aterrizó boca arriba.

- Mala amigaaa, te voy a denunciar por intento de asesinato – gritaba desde abajo.
- Retira eso o no bajo a por ti – dije chulescamente, riendo a más no poder.
- Un mojón lo voy a retirar, ¡te voy a denunciar a las pertinentes oportunidades!

Me puse de esa a llorar de la risa.

- Querrás decir a las Autoridades pertinentes ¿No?
- ¡A quien me salga del membrillo! – gritaba como loca.
- Vamos, te voy a ayudar y acompañar a comisaria, por si te falta algún detalle del intento de asesinato – bromeé.
- Si, ríete, pero luego no me llores cuando no te lleve tabaco a la cárcel ¡Mala persona!
- Pero ¿voy a ir a la cárcel y todo? – me arrodille en la arena de la risa, mientras le empujaba a esta hacia arriba.
- Me encargaré que te den la perpetua – gritaba para parecer más notoria.
- Pues yo diré que el Tony me intentó violar, así te quedas sin ligue y sin amiga – le hice una mueca aguantando de reventar a reír.

- No, no, no —dijo cayendo por la parte de la duna que daba al restaurante, al menos, esta vez había caído bien.
- ¿Qué no qué? – grité desde arriba
- Qué el caramelito va a tener mi defensa, así que se queda conmigo, por cierto ¿has visto que guay me he tirado? – dijo para defenderse.
- Los cojones morita de que te has tirado, otro carajazo y de los buenos – reí.
- Era para ir pidiendo las copas antes, pero ahora voy a esperar a que bajes.
- Claro, para que te levante, más que nada porque tienes la rodilla jodida ¿No? ¿te la jodieron en Londres? – dije mientras la levantaba.
- Vamos a la barra que tú ya estás muy pesadita – dijo haciéndome señas con la mano para que la siguiera.

Carmina me hacía señas de que no veas la que Nora llevaba, el caramelito seguía con la risa floja de tonto enamorándose, me encantaba la escena, la verdad que lo que me había hecho reír mi amiga, me había quitado de estar todavía mirando la foto que había puesto Miguel y sus intentos de escribirme.

Tony se sentó en un taburete junto a Nora, comenzaron a charlar, yo me tiré en un sillón tipo hamaca con una copa y me puse a mirar al mar, al final me dijo Carmina que las Caipiriñas que se estaba tomando Nora, iban sin alcohol ya, que no se estaba dando cuenta, nos pusimos a reír, menos mal, era una buena idea pues como siguiera bebiendo... ¡se iba a liar la de Dios!

Pues terminamos el verano en ese chiringuito, íbamos todos los días, Tony y Nora empezaron a tener un rollo, se llevaban genial y a mí me adoraba.

Miguel, él siguió haciendo intentos de escribir, lo pillé en alguna ocasión, cambió la foto varias veces, en todas salía yo, menos en la última, que era una foto de él con Duna... esa me partió el alma.

Capítulo 18

Septiembre, en el fondo lo estaba deseando, deseaba que llegara este día para comenzar de nuevo a trabajar.

Me dirigí a la cafetería donde siempre tomaba el café antes de entrar a las oficinas.

- Hombre ¡mi clienta favorita! – gritó Edwar, un chico irlandés que se enamoró de una española y se casó con ella y montaron esta preciosa cafetería.
- Hola Edwar, eso se lo dices a todas – dije dándole un beso en la mejilla.

- ¡No! Sabes que eres mi favorita, pero te gusta hacerte de rogar – me tocó la punta de la nariz y se fue a preparar mi café.

Me quedé en la terracita, el sol de primera hora era genial, miré el móvil, otra vez fui a ver la foto de Miguel, esta vez tenía puesta una de él, mirando al mar y un estado en el que decía “Todos los días...”

Me quedé loca ¿¿¿acaso guardaba relación con lo que había escrito en aquellas notas???

- Aquí tienes tu café, espero que lo disfrutes – me guiñó el ojo.
- Gracias Edwar – fingí una sonrisa.

O borraba de mis contactos a Miguel o iba a acabar loca, pero ¿Cómo lo iba a borrar? ¡era incapaz! Esto me iba a superar, lo sabía, aunque ya lo llevaba mejor, pero esto me iba a superar.

Ese día pasó volando, mi horario era de nueve a tres de la tarde, pero pasó como alma que lleva el diablo, eso de ponerte al día en la oficina, se llevó toda la parte del tiempo.

Increíble, pero me dirigí a un Gimnasio y me inscribí, tenía que ocupar el tiempo, pero en el fondo, tenía la necesidad de descubrir esas cosas que él me contaba acerca del deporte, siempre me decía que cambiaba tu vida en muchos aspectos y que se sentía mejor uno consigo mismo.

El primer día en el gimnasio fue mortal, me daba mareo mirar tantas máquinas, me explicaron todo, además que me dieron unas instrucciones para comer sanamente, que lo hiciera o no, era otra cosa, pero me guiaron muy bien.

El segundo día me fue mejor, pero no duraba ni 40 minutos de circuito de cardio, uno de los entrenadores de allí se reía de ver quejarme, pero así era, eso para mí era un mundo.

A la semana me di cuenta de varias cosas, la primera que dormía mejor, antes, más descansada y me sentía mejor a la hora de respirar.

Cuando me di cuenta, ya llevaba todo el mes de septiembre, iba de lunes a sábado, ese día al no trabajar, iba por las mañanas.

Me sentía más feliz, mejor conmigo misma, al final Miguel iba a tener razón, por supuesto, comía más proteínas y verduras, algunos días me tentaba la pizza, pero mis hábitos habían cambiado.

Los fines de semana nos íbamos a la casa del restaurante de Tony, los sábados por la noche, nos quedábamos allí a dormir en una zona que había detrás de cocina, con colchonetas, así no teníamos que conducir.

En octubre el clima aún era veraniego, las noches allí eran perfectas.

De Miguel no volví a saber, desde aquel último estado y foto, jamás volvió a dar una señal, lo seguía amando con todo mi corazón, pero en el fondo ya había reconocido que no tuvo opción, lo nuestro era probar, lo otro era su futuro, ese por el que tanto había luchado.

En más de una ocasión pensé en escribirle, preguntarle cómo estaba, pedirle disculpas por cómo me despedí de él, pero en el fondo me daba miedo remover sentimientos y si él había parado con el tema de fotos y mensajes, era mejor dejarlo así.

A veces, la mente es impresionante, es capaz de borrar el dolor y la rabia, convertirlo en recuerdos de esos que te sacan una sonrisa, que añoras, pero que percibes con mucha añoranza, eso me pasaba cada día, todo me recordaba a él, el gimnasio, el mar, un café, todo, absolutamente todo, pero me sacaba la mejor de mis sonrisas.

Muchas veces me preguntaba que sería de él, pero le deseaba lo mejor del mundo, algo que me quedó claro es que era una gran persona.

Capítulo 19

Desperté ese lunes sin ganas de nada, la resaca me duraba, ese sábado nos habíamos pasado tres pueblos bebiendo, el reloj marcaba las siete y media, me fui directa a la ducha, me vestí y a por el coche, al montarme en el me sonó una notificación en Facebook.

Miguel FG a compartido una publicación en tu muro

Me quedé muerta ¿sería un error? Él nunca usaba Facebook, su última publicación fue de antes de conocerme, le di a abrir con miedo.

“Te esperaré todos los días...”

¡No! ¿Qué significaba eso? ¡Por Dios! Estaba temblando, solté el móvil en el sillón del copiloto y me dirigí al trabajo, antes por supuesto me iba a tomar mi café en la terraza.

Aparqué de los nervios, tenía ganas de volver a leerlo, pero no lo volvería a abrir hasta que me sentara.

Llegué a la terraza y casi me desmayo, Miguel sentado ahí mirándome, con una rosa roja preparada sobre la mesa, me quedé paralizada, no podía seguir andando, mis piernas estaban temblando y mis mejillas no paraban de humedecerse con mis lágrimas.

Se levantó y vino hacia mí, nos fundimos en un cálido y emotivo abrazo, creo que nuestros sentimientos hablaron por si solos, se apartó me agarró las manos, me dio un beso en los labios y me dijo:

- Nunca más dejaré que te vayas – y jaló de mí hacia la mesa, donde pude observar que mi amigo el camarero, lo había visto todo.
- ¿Café? – preguntó Edward.

Los dos asentimos con la cabeza.

- ¿Qué haces aquí Miguel? – pregunté mientras acariciaba su mano, me temblaba hasta las muelas.
- Vine a por ti – dijo en tono bajo, su mirada era el reflejo de la felicidad, esa que sabía que yo le causaba.
- ¡Llévame donde quieras! – exclamé poniendo mis manos en el pecho, me voy contigo a cualquier parte del mundo.

Él sonrió. Me abrazó y besó mi frente con todo el cariño del mundo.

- Cuando salgas de trabajar, estaré aquí esperándote, ahora cuando tomemos el café y entres, yo me iré para el hotel – señaló uno que estaba justo enfrente – estoy alojado ahí desde anoche.
- ¿Yo a trabajar? ¡Ahora mismo pido excedencia los días que estés aquí!
- No tengo fecha de vuelta, antes tenemos que hablar, quiero pedirte algo, pero será a la tarde, cuando salgas de trabajar – besó mi mano.
- Yo no puedo ir a trabajar sabiendo que estás tú aquí, no puedo, ahora llamo a mi padre y no me pondrá problemas – puse cara triste.
- Preciosa, escúchame, ahora ve a trabajar, luego a las tres nos vemos aquí, nos vamos a comer, donde quieras, hablamos y cuando lo hayamos hecho, tú decides que hacer.
- ¡Jo! No me puedo quedar así – protesté mientras tomaba el café
- Confía en mí – me abrazó fuerte.
- Por cierto, hace mes y pico que voy a diario al Gimnasio – dije un poco cortada.
- Lo sabía, vi tus estados de Facebook – sonrió orgulloso.
- ¿Así que me has vigilado? ¡Ejem!
- Todos los días, tu WhatsApp, Facebook e intenté escribirte varias veces, pero me aguanté hasta poder venir y decirte lo que quiero a la cara.
- ¿Y qué quieres?
- ¡A trabajar! – dijo obligándome a levantarme – a las tres te recojo y te lo cuento todo – me dio un precioso beso en los labios.

Entré al trabajo flotando en una nube, no me lo podía creer, me metí en el baño y empecé a llorar de felicidad, no sabía que pasaría tras esa visita, pero intuía que venía a por algo más que unos días aquí conmigo.

La mañana fue más lenta que una noche en un tanatorio, el reloj no andaba, las horas parecían días, era increíble, pero estaba deseando que diera la puñetera hora de salida, hasta que al fin llegó y a esa hora ya estaba yo la primera poniendo un pie en la calle y viendo que ya me esperaba en la terraza del bar, con otra rosa, un detalle precioso por su parte.

- Vamos a mi coche – dije mientras lo abrazaba.
- Adelante – dijo con un gesto de la mano y una sonrisa que derretía a cualquier persona.

Nos montamos en el coche, él puso su mano sobre mi muslo, jugueteaba cariñosamente con él, de fondo sonaba Vanesa Martín.

***Y ahora que llegaron a mi vida con más fuerza que desgana
abriéndome camino donde solo había zarzas
dejándome en los ojos más miel que en las entrañas
haciendo carnavales en la esquina de una casa
dejando que el silencio una vez más se me fuera
llenándome la boca de pasiones imperfectas
ahora vienes y me pides que te ayude y te comprenda
ahora tienes corazón***

- Me encanta escucharte cantarla, pero este tema no me gusta para los dos – dijo guiñándome el ojo.
- Para los dos escogemos el que tú quieras – le devolví el guiño.

Llegamos a un precioso restaurante en un acantilado, las vistas eran espectaculares, el soltó un Wowww que no se me olvidará en la vida.

Cuando nos preguntaron qué comeríamos salté rápidamente.

- Dos solomillos de ternera en su punto con una guarnición de verduras.

Miguel sonrió al saber mi elección, mientras otro camarero nos servía el vino.

- Cuéntame a la de ya – dije nerviosita.
- ¿Qué quieres que te cuente? – se hizo el interesante.
- Miguel ¡a la de ya!
- Quiero pasar el resto de mi vida contigo... – soltó sin pensarlo.
- ¿En serio? – pregunte mientras me comenzaban a brotar las primeras lágrimas.
- Quiero que te vengas conmigo a Cádiz, es donde yo tengo mi trabajo fijo, si no quisieras dejar el tuyo, yo lo dejaría por ti y me vendría – dijo con un brillo especial en sus ojos.
- No permitiría que dejaras tu sueño, pero ¿me lo estas pidiendo en serio?
- Con todo mi corazón, no me imagino una vida sin ti.

Salté de la silla y me lo comí a besos, cuando me di cuenta, estaba todo Dios mirándonos, pero a mí me daba igual, yo era la mujer más feliz del mundo en esos momentos.

- Yo me voy a Cádiz contigo sin pensarlo – dije estrujándole la cara

y besándolo muchas veces.

- Pues cuando quieras nos vamos, pero tampoco hay prisa que estoy de vacaciones y quiero disfrutar unos días de tu tierra – me guiñó el ojo.

- Por supuesto, quiero enseñártela y que conozcas a mis amigos. Quiero presentarte a mi familia y sobre todo quiero preparar mi ida, esa que estoy deseando.

- ¿Cuándo se lo dirás a tus padres?

- ¡Hoy! Mañana no pienso ir a trabajar, además mi hermana entró en la empresa, necesitaba currar, que coja mi puesto. Tal como terminemos de comer me dejas allí que hablo con ellos y me recoges cuando te avise, te llevas mi coche y esta noche nos vamos a cenar.

- Esta noche quiero que duermas conmigo – dijo acercándose a mis labios.

- ¿Lo dudabas? Maleta que haré luego porque desde estos momentos pienso no separarme de ti más.

- Me encanta escuchar eso – se le dibujó una sonrisa en los labios.

Después de comer fuimos a mi casa, me dejó allí y se fue para el hotel, quedamos en que yo lo avisaría.

Entré temblorosa pero radiante de felicidad, mis padres estaban en el salón tomando un café, así que aproveché el momento.

Ahora me tenía que enfrentar a contarle la verdad de Cádiz, de lo que sentí y de lo que pasó, además de hacerle saber mi decisión.

Me senté, ellos me conocían, se quedaron esperando a que empezara y eso hice, se lo conté todo todito, se quedaron alucinados, mi madre le costó más reaccionar, pero mi padre se puso positivo en todo momento, solo me dijeron

que era mi decisión y que me apoyarían.

Llamé a Miguel, le dije que viniese a mi casa que le iba a presentar a mis padres y así fue como el vino, como se los metió en el bolsillo y como se pasaron charlando hasta la una de la noche, había causado gran impresión, sabía que mis padres ahora sí que dormirían más tranquilos.

Llegamos al hotel, esa noche sabía que lo tendría dentro de mí, pero lo deseaba con todas mis fuerzas, entramos a la habitación y me fui directa a la ducha.

No me dio tiempo a ponerme la toalla cuando salí de la ducha que ya me había empotrado contra la pared, tal como suena. Sin calentamientos, sin nada. Estaba vestido y yo completamente mojada, en todos los sentidos.

Sus caderas embestían contra mi entrepierna. Sus manos agarraban mi culo, pegándome a él. Su boca mordiendo mis labios.

— Mierda, no sé qué me pasa contigo —s e quejó.

A mí la respuesta a eso me daba igual, ya me había excitado, ahora tenía que llegar hasta el final.

En un momento de locura, empujé su hombro para abajo, una forma poco sutil de decirle dónde lo quería.

No hizo falta más. Se puso de rodillas, me hizo abrir más las piernas y me lamió. Casi me caigo del gusto. Ese hombre sí que sabía usar la lengua.

Agarré su cabeza con mis manos, dejé la vergüenza, si es que tenía alguna, a un lado y lo apreté contra mí. No podía dejar de moverme, quería el orgasmo ya.

Me lamía, me mordía, su lengua entraba y salía y yo estaba como loca.

Cuando dos de sus dedos entraron en mi vagina y mordió suavemente mi clítoris, fue lo máximo. Grité cuando el orgasmo se apoderó de mí. Estuvo ahí hasta que acabé, entonces se levantó, agarrándome porque las piernas me fallaron.

—Oh, no, todavía no —rio en mis labios.

Me dio un suave beso, me seguía agarrando con una mano y, con la otra, se desabrochó los pantalones, dejando su miembro libre.

Con las dos manos ahora en mi culo, las colocó para hacerme saltar. Dos

movimientos y su pene estaba dentro de mí.

—Oh, Dios —gemí.

—Dios no, yo...

Ahí no pude ni reírme, ya lo haría después. Ahora solo quería... Bueno, para qué explicar.

Me embistió con fuerza, esta vez solo buscando su liberación, pero estaba claro que yo iba a tener una segunda alegría.

Mi cuerpo chocaba con los azulejos fríos, sus manos apretando mi culo con fuerza. Y él no paraba de embestir.

Hasta correrse, hasta que echó todo en mi interior.

Me dejé caer sobre él, mi cara escondida en su cuello.

—Madre mía... Esto es un empotramiento como Dios manda —dije casi sin resuello.

Se rio y me encantaba oírlo así. Sobre todo, después del sexo.

—Pues a la ducha otra vez —dijo entre risas.

Epílogo

3 años viviendo con el loco este. Lo más normal es que dijera: 3 años de felicidad...

Tenemos nuestra casa, él sigue con su trabajo, yo conseguí uno en una asesoría. Así que, con el tema laboral y económico, todo perfecto.

En el sexo, todo perfecto.

El cariño, el amor... todo perfecto.

Pero no todo iba a serlo, ¿verdad?

Y en momentos como este, a mí ni el amor ni mierdas, yo quería tirarle algo a la cabeza. Y es lo que iba a hacer...

—No mires porque he guardado los cuchillos —bromeó.

—Pues te estampo un vaso —fui a por él y me agarró de la cintura por el camino.

—Deja eso — no paraba de reír.

—No, si lo dejaría... ¡Cuando tú me dejes en paz!

—Con lo bonito que te lo he preparado...

—Como si lo pones en una bandeja de oro, no pienso comerme eso —dije con fatiga.

Me acababa de levantar, era sábado, los dos teníamos el fin de semana libre

y, como cada día, el capullo, después de venir de hacer deporte, me preparaba el desayuno.

—Todas las mañanas lo mismo, tienes que cuidarte.

—No, eres tú el que tiene que cuidarse que tiene un cuerpo que mantener. ¡A mí no me obligues a comer eso recién despierta! Es que ya no sé cómo decírtelo. ¿En coreano? — me estaba enfadando y mucho.

—Tienes que cuidarte.

—Estoy embarazada, nada más. Y demasiado que hago las tablas de ejercicio que me pusiste en mi estado, pero por ahí —dije señalando la bandeja con la comida— no paso.

—Maca...

—Ni Maca ni hostias. ¡Qué sabes que me da asco recién levantada!

—Está bien... ¿Al menos el zumo?

—No —negué—, mi café.

Me crucé de brazos, como siempre, a esperar a que claudicara. Todos los días la misma historia, estaba hasta el... mejor me callo...

Resopló y supe que había ganado.

Como os decía, todo perfecto. Yo tenía 5 meses de embarazo y este creía que tenía que meterme en una burbuja de cristal. Sin contar que estaba más que obsesionado con mi ejercicio y mi alimentación.

—Tienes que pensar por dos —se quejó.

—Mira, como tú, que piensas por ti y por tu polla —me eché el café en la taza y abrí el frigo para coger el cartón de leche — Y no te rías, siempre me haces ponerme de mal humor recién despierta.

—Cualquier mujer se derretiría con un desayuno así —seguía riendo.

—Yo no soy cualquiera —dije entre dientes.

Guardé la leche, cogí mi taza y me senté a la mesa.

—Y ahora déjame con mi café —respiré profundamente, para relajarme.

—Maca...

—Miguel... ¡que me dejes!

Le di un sorbo al café y casi vomito allí mismo.

— ¡Pero quién ha vuelto a comprar caldo de pollo! — grité de camino al lavabo. ¡Iba a vomitar!

Un rato después, tumbada en la cama por mi estómago revuelto, Miguel apareció, tomó asiento a mi lado y me besó.

—Aún enfadada, te quiero más que a nadie.

—No más de lo que yo a ti — le di otro beso, ya se me pasó el enfado—. Pero deja el temita de la comida.

—Eso nunca — rio antes de besarme de nuevo, levantarme y entrar en la ducha.

Puse los ojos en blanco, no iba a cambiar...

Pero una sonrisa se instaló en mis labios, tampoco quería que lo hiciera. Era feliz así, lo fui desde que lo conocí y sé que lo seremos, juntos, todos los días de nuestra vida.

